

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



ESCRIBE OSCAR MARTÍNEZ SOBRE ALFREDO MEZA: Alfredo, como buen reportero que sabe que para entender hay que permanecer, visitó al *pran* en sus dominios durante tres años seguidos. Alfredo, como buen reportero que sabe que una voz

siempre es poco, habló con los acólitos del criminal, con quienes lo veneraban en las calles, con quienes lo padecieron. Algunas de esas personas, como la jueza Mariela Casado, lo padecieron hasta el punto de querer borrar parte de sus vidas.



•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/•https://www.elnacional.com/papel-literario/•Twitter @papeliterario

27 DE ENERO >> DÍA DE CONMEMORACIÓN DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Al este de Hitler, al oeste de Stalin

Lo que sigue no es una reseña, sino más bien una *reacción* al libro del historiador estadounidense Timothy Snyder (1969), *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, riguroso y sistemático recuento de la práctica del asesinato de masas, que alcanzó su clímax con el Holocausto

NELSON RIVERA

A la memoria de Marianne Kohn Beker

Entre 1921 y 1922 los bolcheviques aprendieron que el hambre es un arma letal. Entonces, a las secuelas de la guerra se sumaron las expropiaciones y la colectivización. La producción se vino al suelo. En escenas de indignación, cuerpos armados de los comunistas requisaban el grano producido en Ucrania, “el granero de Europa”. Los campesinos que intentaban guardarse algo de lo que habían producido, eran abaleados. Las requisas eran ejecutadas sin compasión. A quienes se resistían, los fusilaban y les quemaban la casa. Las enfermedades se propalaron por campos, pueblos y ciudades. La gente moría de hambre. Los cadáveres eran amontonados. Personas en el último estado de extenuación eran obligadas a cavar zanjas: allí lanzaban los cuerpos exangües de los que morían. Una escena basta: un testigo vio a una mujer que había muerto sentada al pie de un árbol. En su regazo, un bebé todavía con vida, intentaba succionar de su pecho. Al menos tres millones de personas murieron en menos de 30 meses. Repito: más de tres millones en 30 meses.

1933 es el año que marca el inicio de un tiempo trágico para la vida y la civilización: Hitler asciende al poder en Alemania y Stalin inicia el proceso destinado a consolidar su dictadura personal. A pesar de sus diferencias, uno y otro creían que el Estado debía, al costo que fuera, tener el control de las tierras y de la agricultura. El Plan Quinquenal de 1928 promovido por Stalin tenía su centro en la colectivización. La visión de Hitler consistía en arrebatar las tierras de Polonia y la Unión Soviética, matar o esclavizar a los campesinos. Stalin lo concebía como una guerra por el grano. Hitler como un derecho de una raza superior. Ambos tenían a Ucrania como un caro objetivo.

Ucrania, 1933. Día tras día, hasta cuarenta mil personas hacían cola para canjear un cupón por una pequeña barra de pan. A menudo las colas duraban dos días. Gente que recién había entregado las cosechas a grupos armados, salía a mendigar. Pululaban



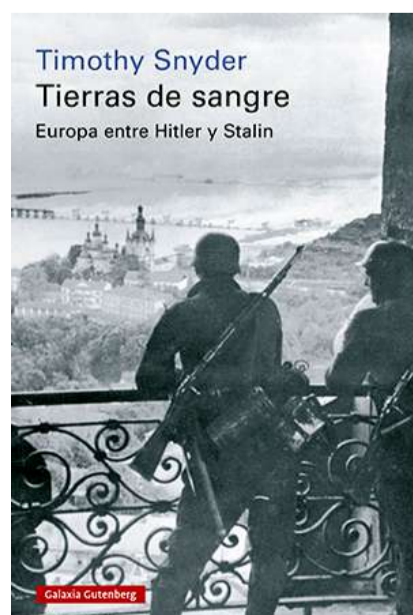
RUINAS DE AUSCHWITZ / MUSEO DE AUSCHWITZ

los enfermos. Caían muertos en sus casas, en las escuelas, en las calles. La policía tenía instrucciones de recoger los niños y encerrarlos. En un cuartel de Jartov, el número de niños que esperaba la muerte alcanzaba los veinte mil. En el diario de un burócrata del cuartel quedó escrito: “los niños piden que los saquemos de aquí, que los dejemos morir al aire libre”.

En diciembre se anunció que los *kulaks* serían aniquilados. Se asesinaba a personas que no habían cometido delito alguno. Se asesinaba por “necesidad histórica”. Se ejecutaba o se deportaba a los campesinos (en 1929 había arrancado la construcción masiva de campos de concentración; el GULAG llegó a tener 476 complejos y una población de condenados de 18 millones de personas, de los cuales más de tres millones murieron en sus instalaciones). Los campesinos lucharon. Los comunistas de Ucrania intentaron mediar. Entre cuatro y cinco mil personas morían ejecutados o de hambre cada día. Stalin decía que los campesinos desmoralizaban la revolución con sus “lloriqueos”. La hambruna se convirtió en evidencia de deslealtad. Quien hablaba del hambre era considerado agente del imperialismo. Tener comida era un delito. Se producían leyes y leyes cuyo resultado era una mayor mortandad. Los agentes del Partido Comunista llegaban en las noches a las casas de las mujeres cuyos esposos habían sido deportados: las violaban y se llevaban todo lo que encontraban. El hambre era denunciada como sabotaje al socialismo. “En las últimas semanas de 1932, cuando no existían ni amenazas externas ni peligros internos, sin otra justificación concebible que la de demostrar que sus dictados eran inexorables, Stalin escogió matar a millones de personas en la Ucrania soviética. Adoptó una postura de pura mala fe, en la que el campesino ucraniano era el agresor y él, Stalin, la víctima”. Cientos de miles de familias campesinas se convirtieron en traidores al Estado. El promedio de muertes diarias alcanzó la cifra de diez mil. Primero fueron ga-

tos y perros. Más adelante, carroña. Por último, el canibalismo se extendió hasta lo inimaginable: niños que devoraban a sus hermanos recién muertos. Cundía la prostitución a cambio de harina. “Morían los que no querían matar a otros hombres. Morían los padres que no querían caer en el canibalismo, y sus hijos morían después”. Funcionarios comunistas reportaron que en 1933 murieron por inanición, en toda la Unión Soviética, más de 5 millones y medio de personas. De ellos, casi cuatro millones fueron ucranianos. Pero aquello, según los comunistas, no era

“**1933 es el año que marca el inicio de un tiempo trágico para la vida y la civilización**”



más que un capítulo necesario en la historia del progreso humano.

1933: Himmler ordena poner en funcionamiento a Dachau, el primer campo de concentración nazi (antes de 1945 serán construidos más de mil campos). A los judíos se les golpea en las calles, se les roba, se boicotea a médicos, abogados y comerciantes. Hitler dice: es la “ira espontánea” del pueblo ante la explotación judía. Entran en vigencia leyes que restringen la participación de los judíos en la educación, la agricultura, el trabajo y la economía. Entre 1933 y 1939 el régimen hitleriano aprobaría 1400 leyes contra el pueblo judío (1). En 1933 se soltaron los demonios que se articularán en la *Shoa*.

“Parte del talento político de Stalin residía en su habilidad para asociar las amenazas exteriores con los fallos de su política interior, como si ambas cosas fueran la misma y él no fuera responsable de ninguna”, escribe Timothy Snyder. Entre 1934 y 1939 Stalin cargó contra la propia sociedad soviética. Dijo en un brindis, con su copa levantada: “Destruiremos sin piedad a todo aquel que, por sus hechos o por sus pensamientos —sí, ¡sus pensamientos!— amenace la unidad del estado socialista”. Entre 1937-1938 el Gran Terror tuvo su clímax. Los miembros de la policía eran a un mismo tiempo jueces, jurados y verdugos. Allanaban. Torturaban. Se perseguía con obcecado tesón a enemigos imaginarios.

Atrapados en el extremo del dolor, los detenidos inventaban tramas de las que se derivaban nuevas detenciones, tormentos y falsas confesiones. El relato de los delitos inventados adquirió proporciones fantásticas. Una joven analfabeta, que limpiaba el baño en una posada ubicada a 50 kilómetros de Tobolks, en Siberia, fue fusilada por poseer una postal de París (2).

Se emitían órdenes, unas tras otras,

para deportar y ejecutar ciudadanos. Cada orden alcanzaba cifras estrambóticas: ejecutar 79 mil 950 personas y deportar a otras 193 mil a penas entre 8 y 10 años. Establecían cupos. Los agentes debían mostrarse feroces. La flaqueza equivalía a traición. Los cupos se dividían entre 64 regiones administrativas. Una *troika* escogía las primeras personas que debían ser interrogadas y torturadas. Unas pocas eran suficientes para que del cuerpo castigado florecieran confesiones ajenas a la realidad. El 21 de julio de 1937 Stalin puso su firma en una orden que permitía golpear a los detenidos hasta que confesaran. Las *troikas* luchaban entre sí por mostrarse eficientes. Hubo algunas que quintuplicaron sus metas. Un minuto bastaba para determinar si un acusado debía ir al GULAG o ser ejecutado. Es famoso el rendimiento logrado por una *troika* de Leningrado, que en una jornada de nocturna de 7 horas, revisó los expedientes y sentenció a muerte a 658 personas. Más productividad: 15 agentes del NVDK de Moscú, ejecutaron a 20 mil 761 personas en Butovo, en menos de dos años. Al finalizar 1939 700 mil ciudadanos habían sido ejecutados, 300 mil de los cuales eran ucranianos y polacos.

Entre 1937 y 1938 más de 250 mil ciudadanos fueron liquidados por orden de Stalin, basado en razones étnicas. La orden 00485 definía que algunas nacionalidades eran enemigas del Estado. La *saña* con que se actuó contra los polacos-soviéticos podría conformar un catálogo propio de los horrores del siglo XX. Diez años de GULAG por tener un rosario. Muerte por no alcanzar la producción agrícola ordenada. La NKVD patentó el método ‘conferencia’: se reunía de 20 a 30 sospechosos en un sótano. Se escogía uno al que se le torturaba hasta la muerte, delante del resto. A continuación se recogían las confesiones que develaban el vínculo de cada quien con una supuesta Organización Militar Polaca.

(Continúa en la página 2)

Al este de Hitler, al oeste de Stalin

(Viene de la página 1)

La persecución se extendió por todas partes. En Ucrania 47 mil 327 polacos fueron ajusticiados. En Bielorrusia fueron más de 60 mil. Los agentes del NKVD llegaban a los pequeños pueblos y cancelaban todas las formalidades: los ejecutaban a todos, sin más. O se llevaban a los hombres y los tiroteaban en las afueras. Al regresar, violaban a las mujeres delante de sus hijos. A partir de 1938 las operaciones estaban tomadas por la prisa. En septiembre se autorizó a la operación antipolaca a deportar y ejecutar sin supervisión alguna. No menos de 111 mil polacos fueron ejecutados entre 1937 y 1938. El 74% de los detenidos fueron ejecutados. Hasta la fecha no existe ni una prueba de que una de estas personas, solo una, haya tenido vínculo alguno con actividades de espionaje. En aquellos dos años los ciudadanos dejaron de ser culpables por el lugar que ocupaban en el orden socioeconómico. En adelante lo serían por su identidad personal y cultural.

V El 12 de marzo de 1938 el ejército de Alemania ocupó Austria. Mientras miles de judíos huían del país, 10 mil eran deportados a Viena por los nazis. En octubre, 17 mil judíos alemanes fueron expulsados y enviados a Polonia. La noche del 9 de noviembre se inició el primer pogromo masivo cuya secuela sería la de varios cientos de muertos, centenares de sinagogas quemadas y miles de negocios destruidos: la Noche de los Cristales Rotos. Más de cien mil judíos huyeron de Alemania entre 1938 y 1939. En noviembre de 1938 Hitler leyó el plan que Hermann Göring le presentó para expulsar los judíos de Europa. Dijo Hitler el 30 de enero de 1939, en discurso al parlamento alemán: destruiría a los judíos si conducían a Alemania a una nueva guerra. A finales de agosto, Ribbentrop y Mólotov, cancilleres de Hitler y Stalin respectivamente, firmaron un pacto de no agresión, que escondía un acuerdo secreto: repartirse en áreas de influencia países como Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y Rumania. El 1 de septiembre Alemania atacó a Polonia, lo que dio inicio a la Segunda Guerra Mundial.

VI La orden fue: cierran los ojos a la compasión. Los soldados alemanes habían sido entrenados en la idea de que los polacos eran subhumanos. Detrás del ejército alemán, actuaban los *Einsatzgruppen* que asesinaron a más de 50 mil polacos en acciones que no tenían relación con la guerra. Asesinaban a indefensos. Por su parte, los soviéticos también habían entrado en

Polonia a matar y a deportar.

Lo que sigue es una espiral: finales de 1939, casi 8 mil polacos internos en centros siquiátricos fueron gaseados. Esa política se extendió dentro de las fronteras de Alemania: en 1940-1941 más de setenta mil alemanes “no aptos para la vida” fueron gaseados. Simultáneamente (y esto no es más que un ejemplo), Vasily Blokhin se convertía en un ícono de la furia comunista: en Kalinin se ponía una gorra de cuero, lentes industriales, un enorme delantal elaborado por él mismo y guantes plásticos. Llevaba consigo decenas de pistolas alemanas, cargadas. Cada noche, uno tras otro, ejecutaba a unos 250 polacos, protegiéndose de las salpicaduras de sangre. Los soviéticos avanzaban: deportaban lituanos, letones y estonios, por decenas de miles. En total, entre 1939 y 1941, más de 200 mil polacos fueron asesinados y un millón fueron deportados por nazis y bolcheviques: unos a Auschwitz y otros al GULAG.

VII El 22 de junio de 1941 Alemania ataca a la Unión Soviética, lo que rompe el pacto entre Hitler y Stalin. “Fue el principio de una catástrofe indescriptible. El enfrentamiento de la Wehrmacht y sus aliados con el Ejército Rojo provocó la muerte de más de 10 millones de soldados y de un número comparable de civiles que murieron, bajo los bombardeos, huyendo de ellos, o de hambre o enfermedades provocadas por la guerra en el frente oriental”. Estimaciones conservadoras sugieren que los alemanes ejecutaron a más de 500 mil prisioneros de guerra soviéticos. Mataron a 2 millones 600 mil más de hambre, maltrato y exponiéndolos a condiciones que ningún cuerpo podría resistir. Otro millón de prisioneros trabajaba en condiciones de esclavitud en Alemania. Pero esto no derribó al régimen comunista, sino que exacerbó el odio de Hitler a los judíos. Sostiene Timothy Snyder que la guerra para destruir a la Unión Soviética, se concentró y volvió su rostro infame hacia el exterminio total, no solo físico, de los judíos. Si hacia finales de 1941 parecía que lo imposible ya había ocurrido, que se habían padecido todos los sufrimientos, injusticias y humillaciones; que se habían ensayado y desarrollado todos los métodos posibles de matar; que se habían ventilado todos los argumentos y justificaciones; que habían tenido lugar las más extremas situaciones de aplastamiento de la condición humana, todo ello no era más que un anuncio, una insinuación de lo que todavía estaba por venir.

Habían fracasado cuatro planes de deportación del pueblo judío. A Himmler se atribuye el haber reunido y puesto en sincronía los factores ne-



TIMOTHY SNYDER / CREATIVE COMMONS

cesarios para radicalizar la Solución Final. Con los batallones de Policía del Orden y colaboradores de las distintas regiones, y el apoyo del ejército alemán y la policía militar, se potenció el fusilamiento en masa de judíos, en agosto de 1941. No hubo entonces forma de violencia que no se pusiera en práctica. Delincuentes y psicópatas provenientes de distintos países participaron en la persecución (en Bielorrusia fue designado un hombre del que Hitler había dicho: “podría avanzar en un mar de sangre”). Estonios, letones, lituanos, ucranianos, rusos, bielorrusos y polacos lideraron o participaron en las masacres. Se quemó a judíos en sus sinagogas. Se hacían operaciones para matar mujeres y niños. Himmler visitó algunas unidades para contribuir a romper la barrera psicológica que hacia finales de 1941 mantenían algunos líderes militares. “Ni un hombre judío debe quedar con vida, ni una familia en ningún pueblo”. En Kiev, septiembre de 1941, se produjo el primer intento de asesinar a todos los judíos de una ciudad. Las matanzas adquirieron la lógica de la progresión. El contagio asesino, el apogeo de la crueldad, adquirieron dimensiones inéditas. Desesperación y euforia criminal se abrazaban en los pensamientos de Hitler. A Minsk, Riga, Lodz y Kaunas deportaron a judíos de Alemania. En un año aproximadamente un millón de judíos fueron asesinados al este de la línea Mólotov-Ribbentrop. Pero no era suficiente.

VIII

En Chelmnó, a finales de 1941, ya funcionaba una furgoneta de gas. Allí mismo y en Belzec se construían cámaras de gas. Himmler bramaba por eficiencia. Más muertos, más rápido, con menor inversión. Matar judíos: triunfo en sí mismo. Los fusilamientos continuaban. Es conocido el episodio de la visita de Himmler a Minsk, donde le ofrecieron el espectáculo de ejecuciones de judíos filma-

das con cámaras de cine. El frenesí de la muerte, lanzado a su júbilo sin límites. En Bielorrusia, hacia finales de 1942, los alemanes sumaban casi 210 mil judíos asesinados. La lógica avanzaba indetenible: entre diciembre de 1941 y noviembre de 1944, en Chelmnó, Belzec, Sobibor, Treblinka, Majdanek y Auschwitz fueron gaseados un millón trescientos mil judíos, en una operación que había convocado a expertos, científicos, ingenieros y médicos, orgullosos de que en campos como Belzec y Sobibor habían logrado que las cámaras de la muerte produjeran una mortalidad de 99,99% (en Belzec sobrevivieron dos o tres judíos; otros 434 mil 508 perdieron la vida). Los responsables escribían cartas a sus esposas: “hay mucho por hacer y es divertido”. “Estoy contento y orgulloso por mis logros”. “He logrado ir más lejos que mis colegas”.

Lean a Snyder: “Auschwitz fue el clímax del Holocausto, alcanzado en un momento en que la mayoría de los judíos soviéticos y polacos bajo la tiranía alemana ya habían muerto. Del millón de judíos soviéticos asesinados en El Holocausto, menos del 1 por ciento murió en Auschwitz. De los aproximadamente tres millones de judíos polacos asesinados en El Holocausto, solo 7% pereció en Auschwitz. Cerca de un millón trescientos mil judíos polacos fueron masacrados, normalmente fusilados. Un millón trescientos mil judíos fueron gaseados en la Operación Reynhard en el Gobierno Central (más de setecientos mil en Treblinka, más de cuatrocientos mil en Belzec, ciento cincuenta mil en Sobibor y cincuenta mil en Majdanek). Otros trescientos cincuenta mil más fueron gaseados en las tierras anexionadas al Reich (cerca de doscientos mil en Auschwitz, unos ciento cincuenta mil en Chelmnó). La mayoría de las víctimas polaco-judías fueron pasadas por las armas en las redadas de los guetos (unos cien mil) o en la Operación Festival de la Cosecha

(cuarenta y dos mil), o durante las muchas acciones de menor escala y en ejecuciones individuales. Muchos más murieron de hambre o de enfermedades en los guetos o trabajando en los campos de concentración”.

IX

Tiempo a creer que la afirmación hecha por Tony Judt, de que *Tierras de sangre* es uno de los libros más importantes publicados en las últimas décadas es razonable. No una exageración. Un trabajo de sistematización, de revisión concienzuda de las fuentes: lejos de abrumarse con el torrente de datos, informes, documentos, testimonios y más, Timothy Snyder los ordena y los consigna para la comprensión del lector. Las *tierras de sangre* pueden localizarse en cualquier mapa: ocupan el territorio de Polonia y se proyectan hacia el este y hacia el norte: Lituania, Letonia, Estonia, Ucrania, Bielorrusia y más allá, hasta ciudades rusas como Leningrado (San Petersburgo), Smolensk, Kurrsk, Jarkov, Crimea y más. Su tiempo va de 1933 hasta 1945, cuando la muerte campeó en Europa y el pueblo judío fue el sujeto de la experiencia más atroz que ha conocido la civilización.

Hace más de una década, cuando terminé de leer los dos tomos de *El Tercer Reich y los judíos* (3), que en cierto modo es la secuela del portentoso estudio de Raúl Hildberg, *La destrucción de los judíos de Europa* (4), tuve la sensación de que la reconstrucción histórica de la Shoá había logrado un punto culminante, lo cual abría el campo para concentrarse en la lectura y en la reflexión de lo que Auschwitz constituye para la humanidad.

Entre 1945 y nuestro tiempo, median Primo Levi y Robert Antelme, Hannah Arendt y Emmanuel Levinas, Victor Frankl y Hans Jonas, así como decenas y decenas de otros pensadores, historiadores y estudiosos de las incalculables vertientes contenidas o derivadas de la experiencia totalitaria. He recibido las quinientas páginas de este recuento como si ellas me hablaran de hechos otra vez inéditos. Tanta muerte, tanta crueldad, tanta gratuidad, me ha conducido, una vez más, a la sensación de ser parte de una humanidad fracturada. Quizás la Shoá sea lo puro irremediable. Y es justo por ello, porque Auschwitz liquidó una dimensión de lo humano, pero también porque de su atrocidad ha surgido otra configuración de lo humano, la razón por la que creo que no es posible apartar la Shoá, como quien se quita de encima un episodio o un momento de la Historia. Auschwitz nos define. Nos perturba. Nos señala lo que viene, lo por-venir. ☹

1 *Crónica del Holocausto*. Editorial Libsa. España, 2002.

2 *El vértigo*. Eugenia Ginzburg. Editorial Galaxia Gutenberg. España, 2005.

3 *El Tercer Reich y los judíos*. Saul Friedlander. Editorial Galaxia Gutenberg. España, 2009.

4 *La destrucción de los judíos de Europa*. Raul Hilberg. Ediciones Akal. España, 2009.

**Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*. Timothy Snyder. Editorial Galaxia Gutenberg. España, 2011.



GULAG SOVIÉTICO / ARCHIVO

ENSAYO >> PENSAR EL FANATISMO, PROCLAMAR LA PAZ

El fanatismo está vivo y matando

"A la consternación que sentimos por la matanza que el 7 de octubre pasado ocasionaron terroristas fundamentalistas de Hamás entre civiles, mujeres, niños, ancianos, primero en el desierto de Neguev, donde se realizaba el Festival de música Nova, y luego dentro de escondites o casas, en una operación cuidadosamente planeada, ha seguido el horror de una guerra que se mantiene ya por meses, y que ha escalado en número de víctimas –datos cuya vigencia caduca día a día–, destrucción de ciudades y propagación a otras regiones del Oriente Medio"

ELIZABETH ROJAS PERNÍA

...todo se desmorona; el centro cede;
la anarquía se abate sobre el mundo,
se suelta la marea de la sangre,
y por doquiera anega el ritual
de la inocencia;
los mejores no tienen convicción,
y los peores rebosan
de febril intensidad.
W. B. Yeats

Si la civilización ha de sobrevivir,
la expansión de la comprensión es una
necesidad primordial.
Alfred North Whitehead

I
En un conjunto de ensayos publicados bajo el título *Queridos fanáticos*, el escritor israelí Amos Oz (1939-2018) reproduce sus ideas sobre un tema que lo conmovió profundamente –cómo podría haber sido de otra manera– a partir de una serie de conferencias que impartió en la Universidad de Tubinga, en Alemania, en el año 2002. Su intención era reflexionar sobre la naturaleza del fanatismo y la manera de refrenarlo.

Para enmarcar su planteamiento, desde el inicio señala que el fanatismo es una batalla entre quienes creen que la vida no es lo más importante, sino los valores *fundamentales* –que tienden a devenir fundamentalistas–, y quienes consideran que nada importa más que estar vivo y respetar la vida. "El fanático no discute. Si algo le parece mal, si tiene claro que algo está mal a ojos de Dios, su obligación es erradicar de inmediato esa abominación, aunque para ello tenga que asesinar a sus vecinos o a todo aquel que se encuentre casualmente en los alrededores".

Y ese germen parece ser tan antiguo que resulta casi imposible rastrear su origen. Comprender, o intentar hacerlo, este desgarrador hecho, requiere desistir de la pueril intención de buscar respuestas fáciles, únicas. Tales explicaciones suelen encontrar esguila culpables a quienes aniquilar. Explicación fanática, solución fanática. Una de las principales dificultades para adentrarnos en la comprensión del fanatismo, entonces, es la simplicidad del pensamiento que le es propio: no existen matices para la mentalidad fanática. El fanático aprende a solo sentir, no a discernir, no a elegir, no a razonar. La necesidad de obediencia ciega, de sumisión a los mandatos del líder –de este mundo o del otro– es mayor que la posibilidad casi inexistente de ser individuo: "el que adora renuncia a su individualidad", advierte Oz. "Y hará lo impensable para convencerte de que renuncias a la tuya!"

Para ilustrarnos la mentalidad fanática, nos relata la conversación sostenida por otro escritor judío, Sami Michael, con el chofer con quien viajaba durante un largo trayecto, y cuya opinión, que dejó bien clara, era que ¡los judíos debían matar urgentemente a todos los árabes! Al finalizar de escuchar sus planteamientos, Michael preguntó al chofer:

—Y, en su opinión, ¿quién tiene que matar a todos los árabes?
—¡Nosotros! ¡Los judíos! ¡Se trata de nosotros o ellos! ¿Es que no ve usted lo que nos están haciendo?
—Pero, exactamente, ¿quién tiene que matar a todos los árabes? ¿El Ejército? ¿La policía? ¿Tal vez los

bomberos? ¿O médicos con batas blancas, con inyecciones?

El chofer se rascó la cabeza, guardó silencio, reflexionó sobre la pregunta y, al final, contestó:

—Todos nosotros debemos repartirnoslo a partes iguales. Cada hombre judío tendrá que matar a varios árabes.

Sami Michael no cedió:

—Está bien. Supongamos que a usted, que es de Haifa, le encargan un bloque de viviendas de su ciudad. Usted va puerta por puerta, llamando al timbre y preguntando educadamente a los inquilinos: "Disculpen, ¿no serán ustedes árabes?". Y, si la respuesta es que sí, dispara y los mata. Cuando ha terminado de matar a todos los árabes de su edificio, baja y se dispone a irse a casa, y entonces, antes de que se haya alejado, oye de pronto el llanto de una niña recién nacida en el último piso. ¿Qué haría? ¿Darse la vuelta? ¿Regresar? ¿Subir por las escaleras y disparar a la niña? ¿Sí o no?

Un largo rato de silencio. El chofer reflexiona. Al final responde a su pasajero:
—Oiga, señor, ¡usted es una persona muy cruel!

Podemos imaginarnos, sin ninguna dificultad, una conversación casi idéntica entre un pasajero palestino y su chofer fanático. Lo único que sería diferente es la frase "¡los judíos debían matar urgentemente a todos los árabes!", donde los sustantivos estarían intercambiados. Así de primitiva y carente de imaginación es la mente fanática. Bajar a aquel fanático de la abstracción árabe, a la concreción *bebé recién nacida*, lo desquició aún más: le exigía pensar. En su ceguera, sin embargo, el cruel era el escritor, por supuesto, con todas esas horrendas preguntas sin sentido.

II
A la consternación que sentimos por la matanza que el 7 de octubre pasado ocasionaron terroristas fundamentalistas de Hamás entre civiles, mujeres, niños, ancianos, primero en el desierto de Neguev, donde se realizaba el Festival de música Nova, y luego dentro de escondites o casas, en una operación cuidadosamente planeada, ha seguido el horror de una guerra que se mantiene ya por meses, y que ha escalado en número de víctimas –datos cuya vigencia caduca día a día–, destrucción de ciudades y propagación a otras regiones del Oriente Medio. El Primer Ministro, Benjamín Netanyahu, a horas del ataque, declaró "No habíamos visto atrocidades como las que está cometiendo Hamás desde el Estado Islámico. Lo que vamos a hacer a nuestros enemigos en los próximos días reverberará en ellos durante generaciones". Mientras Hamás, por su parte, desató su locura vengativa, de vieja data. En poquísimas horas explotó la demencia bélica. Y las ondas de este horror recorren la tierra desde entonces.

Así como los rehenes tomados por los terroristas de Hamás fueron llevados a los túneles subterráneos que recorren el subsuelo de Gaza, y retenidos o asesinados allí, en esa metáfora del inframundo, así nos ocurre cuando las ideas y las posturas fanáticas religiosas o políticas nos secuestran la libertad de pensar, de discernir o de disentir del colectivo –al cual todo fanático está afiliado–, y, aún más

grave, cuando la ceguera nos niega la luz de la piedad hacia cualquier otro.

El fanático se desprende de su alma. No sobra advertirlo: es simplista caer en la tentación de identificar a todos los palestinos con los terroristas islámicos. A pesar, también hay que decirlo, del fuerte adoctrinamiento que el fundamentalismo religioso devenido en terrorismo ejerce inmisericorde sobre los pobladores del territorio palestino. La creación meticulosa de enemigos que solo merecen la muerte, y hasta la aniquilación total, es uno de los ejes en que se apoya el fanatismo terrorista, de cualquier denominación.

Pero, ¿no nos consterna también que en pleno siglo XXI, la única respuesta que los seres humanos tenemos ante la violencia es más violencia, ante el odio más odio y que al asesinato de civiles inocentes judíos le siga el asesinato de inocentes civiles palestinos? ¿No jugamos todos el juego del fanatismo cuando tomamos inmediatamente partido y justificamos la matanza de palestinos –terroristas o no– porque hay que vengar esas muertes judías, o lo contrario si ese hubiera sido el caso en esta oportunidad? ¿La caza de fundamentalistas del grupo Hamás –que merecen todo el castigo y la condena internacionales–, responsables de los atroces y totalmente condenables ataques sobre Israel, con la intención de arrasarlos y que no quede ninguno vivo –precisamente como quería hacer con los árabes el chofer que transportaba a Sami Michael– es la única respuesta? ¿Es la mejor respuesta? ¿Qué nueva abominable venganza empezará a fraguarse ante la reacción avasallante del Estado de Israel al horrendo e injustificado ataque terrorista? La escalada de odio, matanzas y destrucción, que desatan estas reacciones, a corto, mediano o largo plazo, no puede ser la respuesta que nos sigamos dando. No reside allí la solución de los problemas limítrofes, religiosos, o del tipo que sea. Usar gasolina para apagar el fuego es demente, siempre. Y lo seguimos haciendo. La mentalidad retaliativa no puede seguir siendo la mejor opción que tenemos. Aunque la sed de venganza pareciera saciarse con la aparición de los uniformados cabalgando sus tanques de guerra o piloteando sus pájaros de fuego, vistos como liberadores, o como justicieros, quedamos encadenados al odio a perpetuidad.

"El odio ciego hace que los que odian desde ambos lados de la barricada sean casi idénticos", casi nos grita Amos Oz, quien abogó toda su vida por ensanchar la mirada –más allá del fanatismo que, bien sabemos, ciega– sobre el complejo problema entre judíos y palestinos. Por ello fue acusado continuamente de traidor.

III
En estos tiempos espeluznantes –mientras a los lamentos por las muertes de civiles en Ucrania o en Rusia por una guerra que corre sangrienta hacia su segundo aniversario, ahora sumamos el sufrimiento por el asesinato de israelíes y palestinos–, nos conviene sobremanera tener presente la mirada que sobre las fuerzas que nos pueden poseer nos legaron la mitología y la dramaturgia griegas, si de intentar alguna comprensión no simplista de la violencia desbocada que continuamos atestiguando, propiciando o aplaudiendo, se trata. En antigüedad griega el afán de venganza es personificado por las Erinias,



Alecto, Megera y Tisífone, deidades iracundas, que emergían del inframundo cuando la sangre era derramada sobre la tierra. Hijas de Nix y de Hades, en una de sus genealogías, estas tres hermanas castigaban distintos delitos: morales, de infidelidad y de sangre. Su carácter terrible queda nítidamente plasmado por Esquilo en su obra la *Orestíada*, donde las hijas de la Noche, que quieren vengar el asesinato de Clitemnestra –adúltera y asesina de su propio marido, el rey Agamenón– a manos de su hijo, Orestes, se proclaman así:

"A aquellos mortales insensatos que se hacen reos y autores de crímenes, yo les he de servir de cortejo hasta que desciendan a las mansiones infernales, y todavía no se han de ver libres de mí ni con la muerte ¡Caiga, pues, sobre esta víctima, que me está consagrada, este mi canto, canto de delirio, de locura, de furor; himno de las Erinias, que encadena las almas... himno que seca y consume a los mortales!".

El día que Orestes es sometido a juicio por ciudadanos de Atenas, quienes serán jueces de un delito de sangre por primera vez, Atenea les aconseja "no rindáis culto a la anarquía ni al despotismo". Las Erinias fungen de acusadoras pues quieren vengar a toda costa la muerte de una madre. Solo el voto favorable de la olímpica salva al acusado. Las consecuencias de este acto que salva a Orestes apuntan a algo tremendo en la historia de Grecia: la autoridad de los dioses arcaicos que exigían sacrificios sangrientos es sustituida por la autoridad del Estado. La primitiva y frenética sed de venganza es sustituida por la búsqueda de justicia que traiga paz. Atenea, sabia, valiente y patrona de la vida civilizada, prevalece. Las Furias, como también se las conoce, aceptan el veredicto. Se pueden romper los ciclos sangrientos que encadenan en una perenne persecución retaliativa una generación tras otra. Ha ocurrido una enantiodromía. Las deidades que antes solo buscaban venganza ahora son invitadas por Atenea a buscar la sabiduría contenida en la justicia y en la compasión. Así empiezan a ser Euménides, los benevolentes.

En la guerra que pasados estamos atestiguando hay una presencia innegable del vigor implacable de las Erinias. Hay sed de venganza. No siempre de justicia. De venganza. Son cosas diferentes, y confundirlas re-

sulta terrible. Como bien lo encarna Orestes, uno de los castigos que infringen las Erinias a quienes persiguen es la locura. Atenea ofrece la posibilidad de distinguir entre proteger y preservar la vida, y quedar atrapado en la destrucción de toda vida, humana, animal y vegetal. No vemos a la diosa de la vida civilizada propiciando justicia. Vemos sí, con espanto, a la Erinias desatadas en búsqueda de retaliación sangrienta. Y no nos estamos dando cuenta de la diferencia. Ni de las consecuencias de no verla.

IV
Hurguemos aún más en los oscuros confines de nuestro psiquismo. De Dionisos, el dios de las emociones, de la tragedia, de la locura, se dice que cuando los titanes lo engañaron para luego despedazarlo, Zeus, su padre, envió un rayo sobre aquellos seres reduciéndolos a cenizas. "De estas cenizas fue formado el hombre y, por ello, contiene en sí mismo una parte divina proveniente de Dionisos, y una parte opuesta proveniente de sus enemigos, los titanes", como plantea Martin Nisson, en su *Historia de la Religión Griega*.

Es prístina la imagen de desmesura –rasgo propio de los titanes– que nos entregan cada día las nefastas noticias que dan cuenta de crímenes de guerra donde sentimos a lo divino, que porta el ser humano, desdibujándose frente a la invasiva presencia de las fuerzas titánicas, con su falta de límites y su gigantesca violencia, que también, en alguna medida, portamos. Lo que, en cambio, no vemos aún en el horizonte es lo que podría representar la autoridad de Zeus, –el regente olímpico, el de la amplia mirada–, quien con su rayo confinó a los terribles gigantes al Erebo. Esa presencia olímpica opuesta a lo excesivo, desmesurado y carente de límites, es lo que necesitamos. Y estamos hablando de formas simbólicas, de fuerzas arquetípales de nuestro psiquismo, que puedan poner a raya nuestras tendencias más violentas. Rafael López Pedraza, en su libro *Dionisos en el Exilio* (2000) advierte que "Encadenar al titán... equivale a reflexionar sobre nuestra naturaleza titánica. No se trata de una tarea que deba hacerse solo una vez, pues encadenar al titán es una necesidad permanente. Solo este trabajo permite doblegar esa parte aceleradamente titánica de nuestra naturaleza".

(Continúa en la página 4)

TERRORISMO >> NOVENO ANIVERSARIO DE LA MASACRE DE PARÍS

La masacre de los periodistas de *Charlie Hebdo*

"*Charlie Hebdo*, ya había sufrido atentados y hostigamientos debido a su línea editorial que desde 1970 se caracteriza por un humor incisivo y una crítica mordaz. Sus denuncias sobre corrupción han contado siempre con fuentes bien documentadas, por lo que presidentes, empresarios y políticos le temen. Ha sido mordaz e irreverente frente a la iglesia, los judíos, los extremistas de derecha y de izquierda, con especial desafío al islam radical, siendo sus icónicas caricaturas fuente de comentario en todos los *bistrot*s y cafés de Francia"

EDGAR CHERUBINI LECUNA

Hace nueve años, el 7 de enero de 2015, un comando terrorista irrumpió en la sala de redacción del semanario *Charlie Hebdo* en París, donde se encontraban reunidos su director Stéphane Charbonnier con la plantilla de redactores y los populares caricaturistas Cabu y Wolinski, los doce periodistas fueron masacrados al grito de "¡Allahu-akbar!" (Alá es el más grande), proferido entre ráfagas de kaláshnikovs. Al día siguiente, impactados por la noticia, los periodistas de todos los medios salimos a las calles de París junto a cientos de miles de franceses indignados por lo sucedido, como lo recoge el editorial de



LOS DOCE PERIODISTAS MASACRADOS

L'Echo: "No solo ha sido herida mortalmente la libertad de prensa sino los valores de la República". Thierry Desjardins, director adjunto de *Le Figaro* escribió: "Los islamistas pretenden destruir la civilización occidental, la democracia, los derechos del hombre, la igualdad entre hombres y mujeres, el progreso como nosotros lo concebimos". Francia aún no termina de comprender que la concepción de la Yihad o guerra santa del islam fundamentalista es una guerra a muerte contra Occidente, considerando enemigo e infiel a todo aquel que piense diferente a sus creencias, asesinando incluso a su propia gente cuando desobedece sus dogmas y normas, como el horror de lo que actualmente les acontece a las mujeres y jóvenes en Irán.

Charlie Hebdo, ya había sufrido atentados y hostigamientos debido a su línea editorial que desde 1970 se caracteriza por un humor incisivo y una crítica mordaz. Sus denuncias sobre corrupción han contado siempre con fuentes bien documentadas, por lo que presidentes, empresarios

y políticos le temen. Ha sido mordaz e irreverente frente a la iglesia, los judíos, los extremistas de derecha y de izquierda, con especial desafío al islam radical, siendo sus icónicas caricaturas fuente de comentario en todos los *bistrot*s y cafés de Francia.

Entre las caricaturas sobre el islam que supuestamente provocaron el ataque de ese día, se destacaba una en la que Mahoma, arrodillado y maniataado, está a punto de ser degollado por un encapuchado, a quien el profeta le dice: "Yo soy el Profeta, ¡idiota!", a lo que el verdugo responde "¡Cállate, infiel!", queriendo expresar con esto la psicopatía de los yihadistas que incluyen entre sus enemigos no solo a judíos y cristianos, sino a musulmanes que no aceptan el extremismo de la Sharía o Ley Islámica, sean chiitas o sunitas.

Una caricatura, más allá del humor, sea este cínico o irreverente, es en el fondo una reflexión inteligente sobre el acontecer de nuestra sociedad. El caricaturista, dotado de una visión aguda y de incisivo humor, es el traductor de los sentimientos de in-

dignación de la gente ante los abusos del poder o cualquier hecho cotidiano que cause malestar o sorpresa entre los ciudadanos. Eso no tiene cabida en la dogmática moral musulmana y sus equivalentes en Occidente como son el fascismo, el progresismo y el comunismo, en fin, es parte de una psicopatía política que busca destruir el derecho y la libertad de pensar. Con sobrada razón, Glucksmann se refiere al "terror como la última ratio de cualquier estrategia totalitaria" (André Glucksmann, *Dostoievski à Manhattan*, 2001).

Yo soy Charlie

Volviendo a la terrible efeméride de hoy, pienso que, frente al mal y al silencio que este trata de imponer a sangre y fuego, el individuo es impulsado a afirmar su humanidad y su dignidad armado de palabras, de imágenes y de caricaturas, como un dictado inflexible de su propia supervivencia espiritual, moral y cultural, con las que ejerce plenamente su libertad.

La portada de la edición de *Charlie Hebdo* del 14 de enero, a la semana siguiente de la masacre de su plantilla, muestra al profeta Mahoma con una lágrima en el ojo, sosteniendo un cartel que dice "Yo soy Charlie" y sobre su turbante, la frase "Todo está perdonado". En su editorial y en el resto de las páginas, *Charlie* renació con su irreverencia de siempre, burlándose inteligentemente de los políticos y del islamismo radical. "*Charlie*, diario ateo, ha logrado lo que todos los santos reunidos no hubieran podido, el milagro de que las campanas de Notre Dame repicaran en su honor", escribe Gérard Biard en su editorial, para luego exigir la profundización de la laicidad: "Ya sea por cobardía o cálculo electoral, si seguimos legitimando o tolerando el comunitarismo y el relativismo cultural, le abriremos el camino al totalitarismo religioso". Entre caricaturas y chistes, denuncian en forma contundente la ineficacia de las políticas de seguridad del gobierno para contener el auge del islamismo y la ambigüedad de los políticos, que por temor a perder votos entre los seis millones de musulmanes que habitan en Francia, han adoptado la estrategia del avestruz.

Ese número de *Charlie Hebdo* superó los 7 millones de ejemplares vendidos. Las ediciones de los principales diarios franceses, que en un día normal podían vender 600.000 ejemplares, al día siguiente de los sucesos ascendieron a un millón de ejemplares. La coyuntura hizo que la edición de *Le Canard enchaîné*, otro semanario satírico fundado en 1914, vendiera un millón de ejemplares esa semana, *Le Figaro* tuvo un aumento de 134% y *Le*

Monde de 175%. Los ciudadanos buscaban respuestas a su incertidumbre en el periodismo de fondo.

Quien realizó el diseño de la portada fue Luz, uno de los sobrevivientes de la masacre, comprometiéndose públicamente a seguir enfrentándose a la "oscurantofobia". En las sucesivas entrevistas sobre el contenido de este número, se ha negado a revelar las motivaciones que lo llevaron a diagramar la primera plana, "Tenía muchas ideas, por ejemplo, pensé en una caricatura que mostraba los dos yihadistas que perpetraron la masacre, llegando al cielo y preguntando por las 70 vírgenes y un coro celestial que proviene de una nube donde se observa una fiesta de los caricaturistas asesinados, les responde: "¡Con el equipo de *Charlie*, pendejos!". Sin embargo, se decidió por esa del perdón argumentando que fue un "diseño catártico para desbloquearme luego de los sucesos", confesando que rompió en llanto al terminar el boceto.

Mane, Tekel, Parsin

El acto de perdonar no tiene sentido si el culpable no expresa arrepentimiento. Sobre la portada y la frase "Todo está perdonado", Jacques-Alain Miller, psicoanalista lacaniano, lo interpretó de manera premonitoria para Francia: "(...) Sin declaración de causa, como de la nada, como lo fue *Mane, Tekel, Parsin*. Es hermosa (la frase 'todo está perdonado') pero es una ilusión cristiana pretender que el islam proceda a arrepentirse". Para entender la críptica frase de Miller, hay que remontarse a la pintura de Rembrandt (1635) *El festín de Baltazar*, que captura en forma magistral la expresión de miedo del rey ante la sorprendente aparición de las palabras *Mane, Tekel, Parsin*, escritas por la mano de Dios en una de las paredes de su palacio. Es una expresión que denota una desgracia inminente y hace referencia al pasaje bíblico del libro de Daniel, en el cual profetiza la invasión y caída de Babilonia luego de interpretar lo premonitorio de su significado y la inminente catástrofe que se avecinaba.

Los atentados terroristas cometidos en Francia son apenas muestras de la escalada de violencia organizada en la mundialización de la Yihad. Los extremos del integrismo chiita y del extremismo sunita se unen al beber de la misma fuente, el Corán, interpretándolo a su manera ambas facciones desean destruir la cultura y civilizaciones occidentales. En los últimos años, Francia ha sido el blanco de cruentos atentados yihadistas, siendo asimismo el escenario de una temeraria relación de la extrema izquierda con el islamismo. En Occidente, especialmente en Francia, proliferan los idiotas útiles de izquierda transformados en colaboracionistas del islamismo radical, incluyendo a "dirigentes" democráticos que continúan alimentando el buenismo y mostrando la otra mejilla del populismo de dos caras y la política del avestruz ante el auge del islamismo, sin comprender que al religioso fanatizado es imposible llevarlo al terreno de diálogo y de la negociación. *Mane, Tekel, Parsin*, esta vez fue escrito con sangre. ☹

El fanatismo está vivo y matando

(Viene de la página 3)

Entonces, inevitablemente, necesitamos volver la mirada hacia adentro, hacia lo doméstico, hacia nuestro ámbito cotidiano, familiar, porque es allí donde se agazapa el germen del fanatismo y suele pasar inadvertido. Cada vez que actuamos convencidos de que sabemos lo que es mejor para la pareja, los hijos –cuando ya no son niños–, los hermanos o los amigos, y, por lo tanto, intentamos imponerles nuestro criterio, negando así la individualidad, la diversidad, los procesos de vida de cada quien, estamos corriendo el riesgo de acercarnos peligrosamente al fanatismo. También las formas de sacrificio tan a menudo presentes en los vínculos parentales pueden ser perversiones del llamado amor filial que disfrazan la manipulación de la voluntad, del libre albedrío, de ese otro ser *tan amado*. Es imperioso hacer el trabajo psíquico que a cada uno le corresponda. Hurgar

detrás de la máscara civilizada y descubrir las simientes fanáticas. Nuestro aporte individual se hace imprescindible pues de "la expansión de la comprensión" se trata, si hemos de sobrevivir, como nos dejó dicho Whitehead.

Por ello, tampoco podemos dejar de mencionar la necesidad de reflexionar sobre el poder que puede ejercer cierta política, encarnada por oportunistas, manipuladores –y hasta psicópatas– de toda índole, sobre psiques con propensión a la colectivización, a la obediencia, a la sumisión y a la irreflexión. Rene Descartes sentenció en el siglo XVII "Pienso, luego existo". Vemos cuán cierta termina siendo, en el fanatismo, la afirmación opuesta: "No pienso, pero existo". Y pudiéramos agregar: "Existo para aniquilar a todos los que están equivocados". Los tiranos, los autócratas, conocen este rasgo. Y lo explotan. También los nuevos populistas, que vemos aparecer y expandirse peligrosamente en demasiados lugares



ORESTES PERSEGUIDO POR LAS ERINIAS (1862) – WILLIAM-ADOLPHE BOUGUEREAU / CHYSLER MUSEUM OF ART

de este planeta incendiado ya de odio, han aprendido bien a servirse de la irreflexión y a intentar convertir a potenciales individuos en masa.

Quedémonos, finalmente, con la sensibilidad de los poetas, una palestina y un judío, y busquemos algo de re-

fugio y cordura en ellos, porque, ¡ay, de lo capaces que somos cuando creemos tener la razón!

Fadwa Tuqán

*Solo quiero morir en mi tierra,
Que me entierren en ella,
Fundirme y desvanecerme en su
fertilidad
Para resucitar siendo hierba en mi
tierra,
Resucitar siendo flor
Que deshoje un niño crecido
En mi país.
Solo quiero estar en el seno de mi patria
Siendo tierra
Hierba
O flor*

Yehuda Amijai

*En el lugar donde tenemos razón
no brotarán jamás
flores en primavera.
El lugar donde tenemos razón
está aplastado y duro
como un patio.*

Exilio, éxodo, fuga, expatriación, en sí esas palabras delimitan experiencias diferentes pero frecuentemente unas se superponen con las otras de una manera que hace difícil diferenciarlas: ¿no son exiliados los que se van antes de ser apresados o expulsados? ¿No son expatriados también los que tienen que salir de su país para poder trabajar? ¿No hace un éxodo, aunque involuntario, aquel que es sacado a la fuerza de su país?

JEUDIÉL MARTÍNEZ

En esta lista, que pretende hacer un recorrido por 200 años de exilios de escritores, intelectuales y artistas, comenzando por Miranda y Bello y terminando con los que se exiliaron durante los años de plomo de los sesentas, está deliberadamente compuesto de personas ya fallecidas cuyos exilios, extraordinarios, acabaron por ser el prólogo del más grande éxodo de nuestra historia.

Francisco de Miranda o la anticipación

Dos preguntas caben respecto a la inclusión del Generalísimo en un listado de escritores e intelectuales exiliados. La primera, más crítica, es si Miranda puede ser clasificado junto a hombres de letras e intelectuales que, en muchos casos, no se dedicaron en lo absoluto a la política. La segunda, histórica, si el exilio de Miranda comienza con su salida de Venezuela en 1771 o cuando huye de Cuba, en julio de 1783, escapando de las autoridades españolas.

Parece, entonces, que hay dos exilios en la vida de Miranda (1750-1816): uno de 1771 que le saca de la vida provinciana donde no habría podido alcanzar los honores que alcanzó fuera de su país, y otro de 1783 con que rompe sus últimos lazos con la sociedad colonial, huyendo de las autoridades españolas que le persiguen tanto por sus vicios como por sus virtudes como si fuera tan incompatible con la colonia como con la metrópoli.

Si Miranda puede ser listado, también, con grandes escritores e intelectuales es por los 63 volúmenes de *Colombeia* que, desenterrados por Caracciolo Parra Pérez, son, entre otras cosas, las memorias de una vida inimitable. Más aún, uno podría decir que si *Colombeia*, el archivo, con las memorias que contiene, es una obra literaria, el "Imperio Americano" del Mississippi a la Patagonia, imaginado por Miranda, es una de las grandes ficciones de nuestra historia latinoamericana, una forma de lo que hoy se llama *worldbuilding*, e incluso de anticipación (no olvidemos que él fue el primero en pensar en un canal en Panamá).

Podemos pensar su proyecto de Constitución como uno de esos fragmentos de libros de mundos ficticios que encontramos en los cuentos de Borges. Toda gran ficción demanda existir a través de nosotros y si existe el Mercosur, la idea de la Integración Latinoamericana y un país llamado Colombia es porque, ese Imperio ha tratado de existir en la Gran Colombia, en el Congreso de Panamá, en las campañas de independencia y en

EXILIOS >> A PROPÓSITO DEL ÉXODO MÁS GRANDE DE LA HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

200 años de exilios



FRANCISCO DE MIRANDA (1834) – GEORGES ROUGET / PALACE DE VERSAILLES



TERESA DE LA PARRA / ARCHIVO

multitud de proyectos geopolíticos afortunados y desafortunados en la medida en que la idea mirandina se transmutó en una idea bolivariana y esta en muchas otras más.

Andrés Bello o la fundación

Tras la caída de la Primera República (y de la primera Venezuela) uno puede imaginar a Andrés Bello (1781-1865) en Londres, como un personaje de ciencia ficción que viera su planeta explotar. Había llegado hasta allá como funcionario optimista de una república nueva a la que nunca volvería.

Tanto han simplificado todas las historias oficiales nuestra visión del pasado que olvidamos cómo era esa primera Venezuela que generó a Miranda, Bolívar y Bello: no la tierra aborígen, prevenezolana, de los arawak y los kariña, pero tampoco la nación moderna: bien descrita por Vallenilla Lanz y Juan Uslar Pietri, era una colonia ilustrada y próspera pero esclavista, fundada en la desigualdad radical.

Lejos de los epicentros de lo que parece haber sido el mayor sismo (el terremoto de 1812) y de la más violenta revolución social en la historia nacional (la rebelión popular de 1814) el joven Andrés Bello, que se encontraba en una misión diplomática en Londres, quedó huérfano de mundo a los 33 años, y no tendría otro que pudiera llamar propio hasta 15 años después. Por eso podemos decir que la vida de Bello, el exiliado, transcurre en Londres, entre Caracas y Santiago, donde va a llevar los restos de esos "trescientos años de cultura e industria" perdidos durante la guerra: él mismo, no solo un sobreviviente sino un archivo.

La década de los 1810 la pasa, a la vez, tratando de ganarse el sustento y de apoyar la causa de las independencias americanas, extraña figura, incapaz de saltar de la pluma a la espada, como otros intelectuales de su siglo, hace todo tipo de trabajos hasta que años de cabildeo y relaciones difíciles con exiliados y delegados de las nuevas repúblicas culminan con el nombramiento como secretario de la Delegación Chilena en Londres: en el ínterin había perdido su primera esposa y un hijo.

La que será una de las obras más vastas de la lengua castellana empieza a tomar forma cuando funda *El Censor Americano* (1820), *La Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826) y especialmente con la *Alocución a la poesía*, de 1823, y *La agricultura de la zona tórrida*, de 1826, que es no solo un elogio, tal vez melancólico, de la lejana naturaleza tropical sino de la paz que nace en el triunfo de las grandes batallas.

Pero mientras Latinoamérica se sumergía en casi un siglo de guerra infinita, Bello se repatrió a Chile, un oasis donde inicia una vida nueva como una suerte de héroe civilizatorio que funda universidades, crea instituciones y redacta una gramática y un código civil. Vivió allí hasta su muerte en 1865: más de lo que había vivido en Venezuela e Inglaterra sin saber que su periplo prefiguraría el de centenares de miles de venezolanos en un mundo que él no podría ni imaginar.

Juan Antonio Pérez-Bonalde o la pérdida

Si Pérez-Bonalde (1846-1892) hubiera sido un santo tal vez podría haber sido el patrón de los emigrantes ve-

nezolanos y el protector de las almas que se aventuran por el Darién o el Caribe, pues algunas de las circunstancias de su vida, bastante inusuales para los venezolanos de su época, hoy por hoy se han hecho moneda común. Pero era un poeta y, para la mayoría de sus compatriotas, su nombre recuerda solo a una estación del Metro o a una cualquier calle, sin saber que fue un involuntario precursor de nuestra diáspora.

Dos exilios muy distintos marcan su vida: uno en la infancia, en Puerto Rico, durante sus años formativos, huyendo del cataclismo de la Guerra Federal, y otro en su adultez, en Nueva York, tras ser expulsado por Guzmán Blanco. Viniendo de una familia de pocos recursos tuvo que desempeñar oficios humildes aunque su notable habilidad para los idiomas (hablaba inglés, alemán, francés, italiano, portugués, griego y latín) le abrieron otros horizontes profesionales como publicista y agente comercial, pero también le permitió destacar como traductor temprano de la obra de poetas como Heine, Poe y Shakespeare.

Se le considera un poeta romántico abierto a las influencias anglosajonas y nórdicas y no solo latinas –aunque algunos le consideran también un precursor del modernismo– el hecho es que algunos de sus rasgos personales cuadran en el cliché del poeta romántico, bohemio y azotado por la pérdida: su madre muere estando él en exilio y también perdió una hija, producto de su matrimonio infeliz con una norteamericana.

Producto de la *saudade* del exilio será el poema "Vuelta a la patria" (1875) que lee a los parientes y amigos que le reciben en Puerto Cabello, y de la muerte de su hija el poema "Flor" (1883), además del legendario "Poema del Niágara" (1880).

Durante el gobierno de Raimundo Andueza Palacio finalmente se le abren las puertas para retornar definitivamente al país e iniciar la carrera diplomática con que usualmente se compensaba a los intelectuales de su época, pero murió súbitamente, debilitado por las pérdidas personales y la adicción al opio. Entró en el Panteón Nacional en 1903.

Teresa de la Parra o la fuga

En 1931, cinco años antes de su muerte prematura debida a la tuberculosis, Ana Teresa de la Parra Sanojo (1889-1936) inmortalizada por su *nom de plume* Teresa de la Parra, envió un breve texto autobiográfico a un profesor de literatura norteamericano interesado en su obra: ahí describió su infancia en una idílica hacienda familiar, lo grande que era su familia, su severa crianza católica y los motivos que le llevaron a escribir su primera novela *Ifigenia* (1924):

"En Caracas me puse por primera vez en contacto con el mundo y la sociedad. Observé el conflicto continuo que existía entre la nueva mentalidad de mujeres jóvenes despiertas al modernismo por los viajes y las lecturas, y la vida real que llevaban, encadenadas por prejuicios y costumbres de otra época. Sin fe en tales prejuicios se dejaban sin embargo a todas horas dominar por ellos, suspirando, solo en deseo, por la independencia de vida y de ideas, hasta que llegaba el matrimonio que las hacía renunciar y las entregaba a la sumisión acabando por convertirlas a las viejas ideas gracias a la maternidad".

Tal vez no haya sido expulsada por un gobierno o haya escapado de la persecución política, pero Teresa de la Parra es una exiliada como cualquier otro miembro de esta lista: *Ifigenia* no es acaso la visión distópica de lo que habría tenido que vivir Ana Teresa si sus circunstancias hubieran sido distintas, si hubiera sido una más de las damas caraqueñas?

En otras partes del mundo ya no era

inusual que las mujeres hicieran vida pública (aunque solo como artistas porque entonces la ciencia y la política todavía les cerraban obstinadamente las puertas) y Teresa se movió a donde le era posible ser una mujer de letras: de hecho, fue pionera de las intelectuales latinoamericanas junto a sus amigas Gabriela Mistral y Lydia Cabrera, no solo publicando sino dando conferencias en Cuba y Colombia.

Ifigenia y *Memorias de Mamá Blanca* (1929) son semblanzas distintas de esa Venezuela provinciana destinada a desaparecer bajo la fuerza del "modernismo", pero si en la primera aparece como trampa, en la segunda ya lo hace como nostalgia. Feminista moderada, según sus propias palabras, no vivió para ver el sufragio universal femenino conquistado 10 años después de su muerte: hicieron falta casi 20 más para que las mujeres comenzaran a tener una vida pública y profesional, unos 10 más para que entraran definitivamente a la vida política.

Rafael de Nogales Méndez o la batalla

"Lawrence y Nogales... ¿Por qué se recuerda a Lawrence y se olvida a Nogales?" se preguntaba Roberto Arlt en 1937. Fue el primero en comparar al venezolano con T.E. Lawrence, el legendario y atormentado *Lawrence de Arabia*.

Como Lawrence, Rafael de Nogales Méndez (1877-1936) perteneció a una raza de aventureros de la que fueron parte Miranda, Garibaldi y James Brooks, el Rajá blanco de Sarawak, aventureros que fueron posibles en siglos en los cuales ya era posible recorrer el globo, pero no vivíamos con la sincronidad y la conexión que tenemos hoy, entonces cada continente era como un planeta.

De Nogales Méndez, nacido en 1877, era parte de una prosperísima familia de Los Andes, sus hermanas se casaron con aristócratas alemanes, fue educado en la cultura germana y ya era políglota antes de salir del país. Ni su espíritu aventurero ni su cosmopolitismo eran extraños a los andinos de su generación que conquistaron Venezuela y la gobernaron por casi 50 años, pero nunca sabremos qué mecanismos del alma llevaron a Nogales a cubrirse de laureles no en La Victoria y Ciudad Bolívar sino en Van y Kut-El-Amara.

Policía en México, espía en China, Bey en Turquía, minero en Alaska, guerrillero en Nicaragua, tuvo que salir de Venezuela dos veces perseguidos por los "andinos en el poder" y fracasó en dos intentos de invasión contra Gómez. Como si décadas de guerras en África y Asia no le bastaran: se enlistó con los turcos durante la Primera Guerra Mundial solo porque fueron los únicos que le aceptaron y él siempre buscaba una "guerra justa" en que pudiera ser "un caballero andante". En Anatolia llegó a ser comandante o Bey, fue condecorado con la Cruz de Hierro y dejó una impresión duradera en el Kaiser, pero la guerra que encontró fue cualquier cosa excepto justa.

De hecho, el haber aceptado luchar para el despotismo turco hizo más difícil y extraordinario su destino: en la ciudad de Van se encontró, cara a cara, con el primer genocidio del siglo XX y lo registró y denunció en su libro *Cuatro años bajo la media luna*, del que Arlt dijo tenía la misma "grandeza sombría" del monumental *Los siete pilares de la sabiduría* de Lawrence.

Luego de la Gran Guerra, luchó al lado de Sandino en Nicaragua, experiencia que registró en *El saqueo de Nicaragua* (1928), y en *Memorias de un soldado de fortuna* (1932). Murió de una enfermedad inesperada en Panamá, donde estaba como enviado del gobierno de Venezuela. Había regresado tras la muerte de Gómez pero sin lograr aclimatarse.

(Continúa en la página 6)

200 años de exilios

(Viene de la página 5)

César Zumeta o la *Cosmópolis*

De José César de los Dolores Zumeta (1863-1955) se dice que era hijo ilegítimo de Antonio Guzmán Blanco. No es posible confirmar si era así, aunque existen documentos que prueban que Guzmán Blanco le financió los estudios y estuvo presente en ciertos momentos de su vida y atento a su educación. Lo cierto es que la primera parte de la vida de Zumeta, figura típica de un naciente periodismo en un período en que la tipografía y la prensa pasaban de artes y artesanías a industrias, está marcada por constantes exilios expulsado por distintos gobiernos liberales comenzando por el del mismo Guzmán Blanco en 1883, luego de atacar al tirano/padre desde el periódico *La Pluma Libre*. Regresó al gobierno de Crespo, solo para ser encarcelado y expulsado unos años después, tras atacar al tirano de turno en las páginas de *La Opinión Nacional* (1891) y *El Tiempo* (1892).

Pero este destierro, entre 1884 y 1888, que le lleva a Nueva York, le pone en contacto con una generación nueva de escritores, intelectuales y periodistas de la “generación del 98”, y que se superpone con la tendencia modernista en la literatura, que es el puente entre el siglo XIX y el XX en las letras latinoamericanas.

En Nueva York se encuentra y colabora con los diarios *El Yunque* (1887) y *La Libertad*. Tras volver brevemente a Venezuela, invitado por Andueza Palacios, se exilió nuevamente en Nueva York desde donde dirigió la Casa Editorial Hispanoamericana (1894) y colaboró en la legendaria revista *Cosmópolis* de Caracas (1894-1895), donde escribirá sobre las maniobras de los poderes imperiales en el continente: el imperio inglés que se eclipsa, no sin antes dar su zarpazo sobre el Esequibo, y Estados Unidos que se expande luego de la Guerra hispanoamericana.

Lo curioso de Zumeta es que su carácter de tribuno rebelde se disipa con la madurez, aunque no su vocación por la política internacional: luego de romper con Castro tras haberlo apoyado durante el bloqueo naval de 1901 (fue senador y cónsul en Inglaterra), apaciguado, se convertirá en un prohombre más del gomecismo, como diplomático y parlamentario, delegado ante la Sociedad de Naciones y presidente del Senado. Convertido en un hombre del *establishment* morirá, sin embargo, en París en 1955, desde donde Pérez Jiménez repatrió sus restos.

Rufino Blanco-Fombona o el linaje

A los *modernistas* se les conoce por sus devaneos aristocráticos, su afición por la antigüedad clásica, sus letras rebuscadas, su cultismo y, obviamente, por su deseo de diferenciarse del pasado. Pero, como vimos el modernismo fue la primera tendencia intelectual verdaderamente internacional y verdaderamente cosmopolita del continente, hija del telégrafo, las vías férreas y el barco de vapor, y la vida de Blanco-Fombona, tal vez el exiliado más exitoso de la historia nacional, lo muestra perfectamente.

Blanco Fombona (1874- 1944) según como se le quiera ver, era un aristócrata o un oligarca: descendiente de conquistadores y de próceres, primo de Eduardo Blanco, era un hombre de pasiones violentas que no tenía problemas de pasar de la pluma a la espada: apenas comenzada su carrera militar se involucró en la llamada Revolución legalista y participó en varios duelos a lo largo de su vida cayendo en prisión varias veces por homicidio.

Escritor extraordinariamente prolífico haría contribuciones decisivas tanto a la consolidación del culto a Bolívar y al hispanoamericanismo o “latinismo” de su época, que se oponía a los Estados Unidos, no con argumentos antimperialistas sino desde la idea de una “guerra de civilizaciones” entre lo latino y lo anglo.

Se exilia tras salir de la cárcel en 1910, donde cayó porque, como gobernador de Amazonas, se vio envuelto en disturbios violentos al luchar contra las mafias del caucho de la época. Exilia-

do, fue el secretario de la Junta Suprema del Gobierno de Venezuela, es decir, del gobierno en el exilio, y estuvo involucrado en la trágica y fallida expedición del *Falke*.

Sus relaciones con el mundo político y literario de España fueron tan buenas que en 1928, el Ateneo de Madrid y la Real Academia le proponen para el Premio Nobel de Literatura (que casi obtiene) y en 1932-1933 fue gobernador de las provincias de Almería y Navarra, siendo el único venezolano en ocupar cargos ejecutivos tan altos en España.

La muerte de Gómez marca la última década de su vida: regresa a Venezuela donde será presidente del estado Miranda y, siempre prolífico, publicó varias obras consagradas a la figura y legado de Bolívar. Pero ni su virtud ni su buena fortuna pudieron con la debilidad de su corazón: murió en Buenos Aires en 1946 mientras preparaba sus obras completas.

José Rafael Pocaterra o el testimonio

Hace 100 años, cuando no existían redes sociales ni televisión y la radio apenas nacía, cuando el periodismo como lo conocemos empezaba a tomar forma y no había ONU ni Corte Penal Internacional, cuando apenas se asomaban todas las formas de crear memoria y registrar el mundo —que hoy damos por descontado— un libro como *Memorias de un venezolano de la decadencia* era (junto a las pocas fotografías que nos muestran los horrores casi olvidados de La Rotunda) uno de los pocos medios a través de los cuales era posible mostrarle al mundo cómo funcionaba una tiranía por dentro: décadas antes de Primo Levi y de *Archipiélago Gulag*, Pocaterra (1889-1955), fue uno de los primeros testigos del siglo XX.

De origen humilde, producto de la prensa moderna, del periodismo, de la cultura popular, de la vida urbana de un país que se adentraba en el capitalismo, fue una suerte de “contramodernista” que despreciaba a los que se dedican a “poner a bailar unos muñecos novelísticos rellenos de aserrín lírico”. Su literatura era, sin duda, realista, política y de denuncia, solo que distinta a los “realismos” usualmente dogmáticos y limitantes que plagaron el siglo XX.

Su concepto de lo grotesco sobre el que se ha discutido tanto, no es simple descripción ni costumbrismo sino *caricatura*: es lo que nos muestra, en la exageración, los rasgos esenciales de una cosa, tal como hacen los grandes artistas gráficos (Panchito Mandefuá podría haber sido una tira cómica). Su escritura es rica en imágenes sensoriales y dramáticas y, aunque la comparación parezca lejana, tiene cierta similitud con el *gekiga*, los cómics de “imágenes dramáticas” con que artistas japoneses de los 60s, como Yoshihiro Tatsumi, registraron su época.

Tras ser encarcelado varias veces por Castro y luego por Gómez, desde 1919 pasará tres terribles años en la Ro-



JOSÉ RAFAEL POCATERRA / ARCHIVO EL NACIONAL

tunda cuando la represión caiga sobre el diario humorístico *Pitorreos*. Liberado en 1922 huye para Estados Unidos ese mismo año, sin embargo, acabará por establecerse en Montreal. Ya había publicado 4 libros antes de salir al exilio pero le inmortalizaron *Cuentos grotescos* (1922) y *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927).

Destacó en el exilio venezolano pero también tuvo relaciones problemáticas con otros exiliados que le culpaban del fracaso de la aventura del *Falke*. Como todos los ilustres exiliados de su generación tras la muerte de Gómez, fue cooptado por el nuevo establecimiento político: senador y presidente de su estado natal, Carabobo. También tendría cargos en el gobierno de Delgado Chabaud, aunque tras la muerte de este, regresa a su casa en Montreal. Crítico de Pérez Jiménez, no recibió homenajes tras su muerte en 1955.

Andrés Eloy Blanco o la juanbimbada

Quien busque en Youtube, la rocola de la humanidad, puede encontrar a la actriz y cantante Eartha Kitt (la segunda Catwoman, de la serie de *Batman* de los 60) cantando en un español casi perfecto “Píntame angelitos negros”, el más conocido poema de Andrés Eloy Blanco (1896-1955), convertido en un bolero por Manuel Álvarez Rentería.

Gracias a esa adaptación “Píntame angelitos negros” se hizo el poema venezolano más difundido en el mundo, con versiones de Lola Flores, Roberta Flack, Pedro Infante, Agustín Lara y un largo etcétera. Conmover sin ser

sentimental, duro sin ser panfletario, es una de las más violentas denuncias del racismo jamás escritas: “pero no nunca te acordaste de pintar un ángel negro”.

Nacido en Cumaná, como muchos miembros de esta lista, entró y salió de la prisión desde los 18 años: La Rotunda, el Castillo de San Felipe, donde pasó 4 años tras la revuelta de 1928 y cuyos horrores e hitos resume telegráficamente en “Pesadilla con tambor”, cuya concisa violencia anticipa al rap.

Habiendo conseguido la fama literaria desde muy temprano destacó como poeta popular en un tiempo en que la lírica era parte integral de la cultura popular y las casas tenían discos con declamaciones de poemas como el famoso “Duelo del mayoral”: hay una contemporaneidad entre la poesía de Blanco con el bolero, el son y la guaracha, en esos tiempos en que la cultura popular pasaba de lo artesanal a lo industrial. Conocido por sus versos accesibles y sus chistes (se dice que usaba el humor para regular el clima durante la Asamblea Constituyente de 1946).

Juanbimbada es el hermoso título que recibió una antología de 1960, dedicada a los poemas de Blanco de la primera mitad de los 40, muy apropiado porque es en esas más o menos tres décadas de luchas democráticas entre los 30 y los 60 cuando transcurre esa epopeya del hombre común, ese Juan Bimba, que para Juan Vicente González es solo un tonto, y para Pocaterra todavía aparece solo bajo la forma de lo grotesco, y que durante esos años de zigzagueante y compleja transición de-

mocrática comienza, por fin, a aparecer por sí mismo y gobernar a sus gobernantes, aunque sea parcial, fugaz, intermitente.

La carrera política de Blanco comienza precisamente en el año 36. Protesta contra la represión de la manifestación popular del 14 de febrero de ese año y rehúsa ser cooptado por López Contreras, convirtiéndose en fundador de Acción Democrática, una de las referencias de la Venezuela progresista y, en su momento, defensora de una transición democrática no programada desde las alturas del poder.

Figura clave de la Constituyente democrática del 46 y del gobierno de Gallegos, del que fue canciller, tras el golpe del 48 se exilió en México donde escribió sus poemas más alabados por la crítica. Murió en un absurdo accidente, tras rendirle homenaje a Leonardo Ruíz Pineda en Ciudad de México.

Mario Briceño Iragorry o la nación

Ni la mejor agencia de relaciones públicas podría hacer presentables algunos trechos de *Mensaje sin destino (ensayo sobre nuestra crisis de pueblo)* de 1951: cuando habla de la “violencia vegetal” y la “fe primitiva en la libertad” del Negro Primero, y cuando dice con el mayor candor, que estima más su parte hispánica que su parte negra e india porque las dos últimas no son “propulsoras de cultura”, a uno no le queda otra que mirar para otro lado.

Pero Briceño Iragorry (1897-1958) no era más racista que sus contemporáneos: casi no había un venezolano de las élites para el que no fuera obvia la superioridad de Europa y la raza blanca, aunque elogiasen el mestizaje y la “democracia social”, así que podemos dejar ese juicio moral del pasado, cuyos vicios y desastrosos efectos él mismo señaló muy bien.

Mensaje sin destino explica porque Briceño Iragorry, uno de los mayores historiadores y ensayistas de la historia nacional, que no se exilió durante el gomecismo, que prosperó y se cubrió de laureles bajo la tiranía (presidente de los Estados Trujillo y Carabobo, secretario de la Universidad Central, etcétera) acabó exiliado al final de su vida, en 1953, cinco años antes de su muerte.

En lo inmediato las causas eran simples: militaba en URD, defendía la democracia liberal y el sistema de partidos y cuando la Junta Militar desconoció la Constituyente no le quedó otra que exiliarse. La ironía es que siendo el más conservador de nuestros historiadores, el abogado de una comunidad nacional metafísica, continua, cuasi eterna, apenas diferenciada de la de España, descubrió en el pluripartidismo la superación del espíritu fraccional y sectario que negaba la continuidad de la gran comunidad nacional.

Su contrapartida es Vallenilla Lanz que describe, de manera realista, cómo la nación nace de la *lucha* entre grupos sociales y contra las fuerzas naturales, que muestra los efectos del tiempo y del espacio, la opresión y el racismo del período colonial, la guerra civil que fue la Independencia, pero solo para deducir de la lucha la necesidad de un gendarme que realizará y personificará la unidad nacional, haciendo imposible no solo el conflicto sino la diferencia. La ironía es que el análisis materialista y moderno de Vallenilla acaba justificando la autocracia y el idealista de Briceño el liberalismo y el pluralismo.

Cuando Briceño se exilia surge el Nuevo Ideal Nacional, verdadero nacionalismo de “sociedades patrióticas o cuerpos policíacos”, como el que critica en *Mensaje sin destino*, pero el puntofijismo e incluso la izquierda revolucionaria también inventaron luego sus propios nacionalismos policiales y litúrgicos presentando determinados períodos del pasado como edades oscuras que reivindicaban otras de progreso y emancipación. Como sabemos, esa lógica litúrgica y policial alcanzó su paroxismo al final del siglo XX con la faccionalización más extrema de la historia nacional hasta la fecha.

Por la ciudad hacia el mundo (1957), el canto de cisne de su nacionalismo ya anacrónico, sintetiza su pensamiento. Regresa en abril de 1958, tras la caída de la dictadura, para morir 2 meses más tarde.

(Continúa en la página 7)



ANDRÉS ELOY BLANCO, PRESIDENTE DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE DE 1946, JUNTO A RÓMULO BETANCOURT, JEFE DE GOBIERNO DE LA JUNTA REVOLUCIONARIA DE GOBIERNO / ARCHIVO

200 años de exilios

(Viene de la página 6)

Rómulo Gallegos o la civilización

Los dos exilios de Gallegos (1884-1969) suceden a sus más grandes éxitos: el primero, a la publicación de *Doña Bárbara* (1929), el segundo a nueve meses de haberse convertido en el primer presidente electo por sufragio popular.

El de 1931, coincide con su periodo más fecundo y sigue a su nombramiento como senador debido a la fama y prestigio obtenidos con *Doña Bárbara*. Como joven escritor había fundado la revista *Alborada*, incurrido en el teatro y escrito obras clave como *Reinaldo Solar* (1920) y *La Trepadora* (1925), pero fue con *Doña Bárbara* que se convirtió en un escritor de talla latinoamericana y, a la vez, con la que su obra literaria toma un cariz político.

Sin embargo, no son los hijos de Barbarita los que lo exilian sino él mismo quien, en un acto de rechazo, elige el éxodo antes que ser cooptado por el establecimiento gomecista. Sea por casualidad o por el efecto fecundador de todo exilio, sus años en Estados Unidos y España coinciden con la madurez de su obra con novelas como *Cantaclaro* (1934), *Canaima* (1935) y *Pobre negro* (1937), que escribirá en España, alternando entre su casa de Madrid, que algunos consideraban el consulado del exilio venezolano y veranos en Beu, Galicia.

Este primer exilio también marca la frontera entre el Gallegos puramente literario y aquel que se convertirá en un político –aunque tal vez no uno militante y de pura sangre como sí lo eran Martí o Sarmiento o, en otras latitudes, Václav Havel– tras ocupar cargos importantes en las administraciones de López Contreras y Medina Angarita, hace parte de la fundación de Acción Democrática, de la llamada Revolución de Octubre y recibe el honor de ser el primer presidente democráticamente electo de la historia nacional.

La ironía es que fueron los émulos de Santos Luzardo –personaje de *Doña Bárbara*–, militares venezolanos del siglo XX, civilizados, educados en las mejores academias, formados científica y técnicamente, los que derrocaron primero a Medina y luego a Gallegos en medio del peligroso “juego de tronos” de la joven Acción Democrática. Pues no debemos olvidar que las policías políticas, las torturas sofisticadas y el campo de concentración no son hijos de la barbarie sino de la civilización.

Derrocado por Delgado Chalbaud, un oficial con vínculos fuertes con Gallegos y su familia (se dice que hasta le pedía la bendición), Gallegos emprende otro exilio, ahora tardío, por México y Cuba antes de volver a Venezuela y ocupar algunos cargos importantes, por ejemplo, en la flamante CIDH. Muere en 1969 en una Venezuela enteramente distinta de la que le había visto nacer.

Juan Pablo Pérez Alfonzo o la invención

Se puede argumentar que el exilio de Juan Pablo Pérez Alfonzo (1903-1979) fue el más fecundo de la historia nacional. En esos años el abogado exiliado en Washington de tanto estudiar obsesivamente a la *Railroad Commission of Texas* acabó por inventar un mecanismo que cambiaría toda la economía planetaria.

La “constitución” de la industria petrolera en la segunda mitad del siglo XX había sido escrita en Venezuela. La nacionalización del petróleo mexicana había mostrado las consecuencias de la resistencia de las grandes compañías petroleras a compartir la riqueza con los países que les acogían, pero fue en la Venezuela de Medina Angarita, y en medio de la Segunda Guerra, que se dieron las condiciones para un verdadero *New Deal*.

Pérez Alfonzo, jurista de profesión, se había unido –como muchos progresistas de la época– a Acción Democrática y como diputado fue muy crítico de la Ley de Petróleo de Medina

Angarita –que ya establecía el principio del *fifty-fifty* que resumía las nuevas relaciones entre Estados y compañías petroleras–: no era poca cosa en una época en que muchos creían, con cierta razón, que las petroleras gobernaban el mundo y la diferencia entre desarrollo y subdesarrollo era mucho mayor que hoy.

Como ministro de Fomento, Pérez Alfonzo fue el arquitecto de la institucionalidad petrolera venezolana, haciendo efectivo el principio del *fifty-fifty* e incluso involucrando al Estado en la comercialización. En su época estos eran cambios revolucionarios que no pasaban desapercibidos a las naciones del Golfo Pérsico. Tras el golpe del 48 y luego de ser encarcelado por meses, Pérez Alfonzo se exilió en Washington mientras una dictadura militar de derechas se imponía.

Fue en ese destierro donde tuvo una idea totalmente poética: crear a nivel planetario, una organización análoga a la Comisión de Ferrocarriles de Texas, que entonces regulaba no solo los trenes sino la producción de petróleo en ese estado y, de facto, establecía los precios a nivel global. Cuando el retorno de la democracia le permitió volver al país, ya como ministro de Energía y Minas, y en un escenario propio de una película de espías, haría la más inesperada alianza con Abdullah al Tariki, futuro ministro de Minas Saudí, poniendo las bases de la primera organización de países del Tercer Mundo capaz de poner, sin disparar un tiro, casi de rodillas, a las grandes potencias.

Pérez Alfonzo, cuya relación con AD fue siempre problemática, salió del gobierno cuando fue rechazado su “Pentágono de Acción” para la industria petrolera que incluía la propuesta de una Corporación Venezolana de Petróleo con características distintas a las que luego tendría PDVSA. Alfonzo se convirtió, junto a Pedro Duno y Domingo Alberto Rangel, en una suerte de profeta clarividente, moralista e iracundo.

Los Disidentes o la negativa

El nombre, que parece de un grupo de punk, en realidad abarca a los artistas plásticos Aimeé Battistini, Narciso Deboung, Perán Erminy, Carlos González Bogen, Luis Guevara Moreno, Dora Hersen, Mateo Manaure, Pascual Navarro, Rubén Núñez, Alejandro Otero, la bailarina Belén Núñez y al filósofo José Rafael Guillent Pérez, y a otros.

“Será exagerado llamar “exilio” a la condición de esos privilegiados que, salidos de un país todavía palúdico, pobre y desnutrido, en 1950 estudiaban en París? Es cierto que ninguno de ellos fue perseguido o tuvo que huir, pero el exilio es también *rechazo* y no solo huida y en el caso de estos jóvenes artistas e intelectuales, esta expatriación fue la oportunidad de plantear una diferencia política radical en el mundo del arte que, de haber estado en Venezuela, podría haber sido más peligrosa dado el represivo clima político en los años posteriores al derrocamiento de Gallegos:

“Nosotros no vinimos a París a seguir cursos de diplomacia, ni a adquirir una ‘cultura’ con fines de comodidad personal. Vinimos a enfrentarnos con los problemas, a luchar con ellos, a aprender a llamar las cosas por su nombre, y por ello mismo no podemos mantenernos indiferentes ante el clima de falsedad que constituye la realidad cultural de Venezuela”.

Este tipo de movimientos no eran nuevos en las artes plásticas venezolanas electrizadas por el impresionismo: ya habían ocurrido otros en 1909 y 1912 en la Escuela de Bellas Artes, que llevaron a la fundación del famoso Círculo de Bellas Artes. Además, el ascetismo de Reverón tal vez pueda considerarse también como una forma de autoexilio. En el caso de Los Disidentes la especie de manifiesto –de hecho se tituló *Manifiesto NO*– expresa la posición del grupo



RÓMULO GALLEGOS / ARCHIVO



DOMINGO ALBERTO RANGEL / ARCHIVO EL NACIONAL

consiste en una serie de negativas:

“NO a la Escuela de Artes Plásticas y sus promociones de falsos impresionistas”.

“NO a las exposiciones de mercados nacionales y extranjeros que se cuentan por cientos cada año en el Museo”.

“NO a los falsos críticos de arte”.

“NO a los falsos músicos folkloristas”.

“NO a los falsos poetas y escritores llena-cuartillas”.

“NO a los periódicos que apoyan tanto absurdo, y al público que va todos los días dócilmente al matadero”.

Pero en el arte cinético de Alejandro Otero y el abstracto de Mateo Manaure y, en cierto sentido, en las grandes artes plásticas venezolanas de los sesentas puede encontrarse la faz afirmativa de esa disidencia.

Pedro Duno o la recursividad

“La producción es sustituida por el fraude, el peculado, la estafa, el soborno, el contrabando, la falsificación, todas las formas del delito se regularizan como métodos de adquisición de riqueza...”.

Era 1975 y en la introducción de su libro *Los doce apóstoles: proceso a la degradación política*, Pedro Duno, al estilo del *18 Brumario de Luis Bonaparte*, intentaba no una denuncia periodística ni una diatriba moral, sino un análisis de cómo la corrupción modelaba la sociedad venezolana.

Filósofo de la UCV, había sido militante del Partido Comunista en cuyas filas participó en el *Carupanazo*, lue-

Crecente en la “revolución permanente”, es decir, *recursiva*, su libro más conocido, *Los doce apóstoles: proceso a la degradación política* (1975), fue su forma de continuar la lucha de los 60 en la Venezuela pacificada en los 70: allí mostró que la asociación de Carlos Andrés Pérez con empresarios como Pedro Tinoco y Gustavo Cisneros no era simple peculado, sino formas de construir un nuevo tipo de Estado adecuado al capitalismo petrolero. El libro y el autor fueron perseguidos precisamente porque los hábitos de la democracia cubrían los instrumentos de la autocracia todavía afilados.

Mostrar que había continuidad entre los regímenes de antes y después del 58 era, por supuesto, anatema en el *mainstream* político y cultural, pero también era anatema en la izquierda o el reconocer que la democracia había cambiado la vida de la gente común y Duno –y Domingo Alberto Rangel– se opusieron a ambos consensos en su obra común *Elecciones 1978. La pipa rota* (1979).

A partir del 98, cuando muere, sus críticas de los 70 al puntofijismo y el devenir democrático venezolano serán apropiadas con fines *non sanctos*. Y aunque él mismo fue uno de los primeros en defender el inexplicable alineamiento de Bolívar con el marxismo, no hay razones para creer que hubiera sido más complaciente con Chávez de lo que lo fue con Gadaffi o Fidel o que no habría visto en Odebrecht, Derwick y Cadivi, en las “nacionalizaciones” de 2010, los serpeos que había visto una generación atrás.

Domingo Alberto Rangel o la intransigencia

Tal vez el más singular de todos los intelectuales que salieron de Acción Democrática, Domingo Alberto Rangel (1923-2012) fue el representante de un radicalismo democrático rarísimo en la izquierda venezolana. Formado como abogado, se convirtió en un profesor y diputado jovencísimo, testigo de excepción de la segunda mitad del siglo XX.

Su primer exilio, entre el 49 y el 58, le llevó a Bolivia, durante la Revolución nacional, y a Costa Rica, donde se relaciona con otros líderes adecos en el exilio, incluido Rómulo Betancourt. Pero sería uno de los dirigentes que también experimentaron el exilio durante los años de plomo de los 60, en este caso en Italia.

Convirtiéndose en un gran historiador del siglo XX y de la democratización venezolana, de sus más de 70 libros, *Los andinos al poder. Balance de una hegemonía, 1845-1945* (1964), destaca como un elogio épico del Táchira y de esa diferencia (pequeña propiedad, cosmopolitismo, industriosisidad) que permitirá a los andinos prácticamente conquistar Venezuela al estilo de los grandes *outsiders* de la literatura y la historia como los Targaryen o los Tokugawa.

Fue él quien acuñó el término *Venezuela saudita* y percibió primero el carácter “mágico” del Estado Rentista. En sus ensayos de los 70, como *Elecciones 1978. La pipa rota* (1979), escrito junto a Pedro Duno, pese al tono de escándalo moral, muestran ya una comprensión de la corrupción no como simple crimen o falla moral sino como expresión de un rentismo petrolero que permitía al estado venezolano actuar “como el Yahvé del Pentateuco”, así como una preocupación por la reducción de la democracia a simple alternación electoral y normalización de la degradación institucional: “los crímenes más graves adquieren las características de hechos naturales”.

Siempre obsesionado con la revolución que no ocurrió tras la caída de Pérez Jiménez, le distinguía, sin embargo, un distanciamiento del fetichismo de la guerrilla y una desconfianza en las autocracias que le llevó a distanciarse de la Revolución libia y criticar desde el principio al chavismo, que el grueso de la izquierda abrazó con entusiasmo. Convertido en una *rara avis* para la verticalista izquierda venezolana (anarcocomunista, antimilitarista, antiautoritario) se fue recogiendo en un círculo cada vez más selecto de amigos hasta su muerte en 2012: *Unbowed, Unbent, Unbroken* podría ser su epitafio. ●

“
Pues no debemos olvidar que las policías políticas, las torturas sofisticadas y el campo de concentración no son hijos de la barbarie sino de la civilización”

ENTREVISTA >> MIREYA TABUAS, EDITORA DE GUAYABO

“La migración sigue siendo una suerte de laboratorio”



MIREYA TABUAS / JOSÉ RODRÍGUEZ

Al momento de escribir este sumario –10 de enero–, la publicación digital *Guayabo*, newsletter iniciativa del portal *El Pitazo*, dirigido por la periodista y escritora Mireya Tabuas, acumulaba 120 ediciones. El periodismo de *Guayabo*, creado en 2021, indaga en una trama fundamental: los vaivenes de sentimientos, emociones y ánimos de los venezolanos que han emigrado de su país

NELSON RIVERA

Parece predominar en el periodismo sobre la emigración y el exilio, una perspectiva jurídica, económica y política. La dimensión en la que se ha especializado *Guayabo* –la sentimentalidad del que se ha marchado de su país–, parece despertar menos interés. ¿Comparte esta afirmación general? Si es así, ¿qué explica ese predominio por lo macro y un menor interés por lo micro?

En general, en el periodismo predomina lo macro y los newsletters o boletines –que son una suerte de resumen informativo que se envía por correo

electrónico– no escapan de ello. Los grandes titulares y los mayores espacios en todos los medios de comunicación privilegian fundamentalmente la difusión de noticias políticas, económicas y de sucesos, pues esta información macro cumple con los criterios periodísticos de relevancia, actualidad, interés, proximidad, entre otros. Es decir, se entiende que son las noticias que más necesita la ciudadanía. “lo que vende”. No es muy distinto esto en el periodismo que se ha focalizado en la migración venezolana, que además cumple con otras dos funciones: ser un periodismo de servicios (informa sobre trámites, visas, regulaciones y otros datos útiles al migrante) y ser un periodismo que resalta (a veces de forma excesivamente entusiasta) los logros de los connacionales en el mundo. Sucede, además, que la enorme diáspora, de más de 7,7 millones de venezolanos (según las cifras de la plataforma de Coordinación Interagencial para Refugiados y Migrantes de Venezuela, R4V), como fenómeno masivo pasó de ser reseñado únicamente por nuestra prensa local –cuando aún no éramos tantos los migrantes– a ser noticia (incluso de primera plana) en los medios de los países de acogida.

Aquí hay un punto importante: en buena parte de los países, especialmente en América Latina, las noticias sobre la migración venezolana están asociadas al mal: somos noticia cuando somos los “malos actores”. En muchos de los países de acogida, se reseña la criminalidad y miseria que asocian (incluso intencionalmente) a los migrantes, y nunca (o casi nunca) los beneficios y logros de la migración. Hay una discriminación evidente: los venezolanos pasamos, en la mayoría de los países, de ser los “bienvenidos” a los “malvenidos” (podemos inventar esa palabra aún no acogida por la RAE). Mediáticamente se ha configurado una etiqueta que hiere nuestra identidad.

Hace más de 30 años, el lingüista Teun van Dijk estudió cómo a través de su discurso la prensa europea era claramente racista y xenófoba y marcaba una clara diferencia entre “Nosotros” (los nacionales, de quienes se enfatizaban los aspectos positivos y se minimizaban los negativos) y “los otros” (los

extranjeros, de quienes se remarcaban los aspectos negativos y se escondían los positivos). Ahora nosotros somos esos “otros” en el mundo. En Chile, donde vivo desde hace casi diez años, si un venezolano, llamémosle Pedro Pérez, comete un delito, su gentilicio aparece en el titular de todos los medios, pero si es víctima su nacionalidad se esconde. Si un venezolano gana un premio o es entrevistado como experto en alguna área, el gentilicio también se invisibiliza. Ahí es Pedro Pérez y no el venezolano Pedro Pérez.

Se ha construido en el imaginario de algunos países de acogida un estereotipo del venezolano, pero también nosotros hemos hecho de nosotros un estereotipo. Como reacción a tanto palo que hemos llevado, hemos hecho de nuestra migración una epopeya. Muchos medios y redes sociales de venezolanos migrantes más bien exageran en halagos hacia los nuestros, rayando en el otro extremo. Entonces, así como hay una “venezolanofobia” que asusta, porque además muchas veces la protagonizan nuestros propios paisanos, hay también una “venezolanofilia” que también asusta porque se presenta desde una exageración de nuestros atributos y una idealización de nuestra identidad que también nos impide mirar al otro. Y me preocupa hablar de este tema porque cualquier cuestionamiento se convierte en claro material para que te excomulguen de la venezolanidad. Hay un venezolanismo arraigado sobremedida con el que no comulgo, hay venezolanólogos por aquí y por allá, hay además una suerte de culto a la venezolanidad, que a veces peca de imprudente y soberbio. Entonces, estamos entre el excesivo buenismo versus el excesivo malismo. Pero ni somos tan buenos ni somos tan malos. Somos (y el plural aquí también es cuestionable) Rafael Cadenas, Ronald Acuña Jr, C4 Trío, Rawayana, pero también somos los cientos que mueren en la selva de Darién y somos Chávez, somos el Tren de Aragua. Somos Pedro Pérez. Negarlo es negarnos.

Pero todo el fenómeno comunicacional es muy difícil verlo aún. Para mí la migración sigue siendo una suerte de laboratorio que me ha permitido mirarme, mirarnos, porque tengo con

qué compararnos, algo así como cuando un científico mide las diferencias del grupo control y el grupo experimental. Para mí ser migrante es un poco como ser astrónoma de mi identidad: mirando desde lejos las estrellas, las miro desde muy cerca. Eso he intentado hacer con *Guayabo*: intentar entender a la distancia, pero desde una distancia que acerca, ese plural que somos y que a la vez no somos. En relación a esto me gusta una frase de Hannah Arendt que dice que solo la imaginación nos permite ver las cosas con su verdadero aspecto, “poner aquello que está demasiado cerca a una determinada distancia de tal forma que podamos verlo y comprenderlo sin parcialidad ni prejuicio, colmar el abismo que nos separa de aquello que está demasiado lejos y verlo como si fuera familiar”. En eso estoy, pero más que un logro alcanzado es una búsqueda, un intento.

¿Conoce otras experiencias en el periodismo, semejantes a *Guayabo*? ¿Antecedentes? ¿Podría narrar el surgimiento de *Guayabo*?

Antes de comenzar con *Guayabo*, había leído pocos newsletters. Confieso que los evitaba para no saturar el correo electrónico. Leía los del *New York Times*, por ejemplo, y los de algunos medios venezolanos, centrados en hacer resúmenes de noticias, que me ayudaban a rápidamente mantenerme informada. Pero como tal, nunca me había interesado especialmente por los newsletters como plataforma y tampoco los veía como una opción laboral. Además, tenía muchos años sin ejercer el periodismo, pues desde que migré en 2014 no he trabajado formalmente en ningún medio, me he dedicado más a la docencia universitaria. La verdad es que pensaba que en Venezuela se habían olvidado de mí como periodista. Me sentía fantasma, que es algo que les ha pasado a muchos migrantes tras su salida del país. Pero en mayo de 2021 me contactó la colega Yelitza Linares, quien fue mi jefa cuando trabajé en *El Nacional* y quien en ese momento era gerente de Estrategia y Negocios en *El Pitazo*, para ver si me interesaba escribir un newsletter para los venezolanos migrantes. Me dijo que ese medio se había dado cuenta de que buena parte de sus lectores vivían en el exterior

y necesitaba un producto dirigido a ellos. Por supuesto, y sin pensarlo dos veces, dije que sí. Sentí que lo que quería hacer *El Pitazo* comulgaba de algún modo con mis intereses de los últimos años: la narrativa de no ficción y la autobiografía migrante.

Aunque vengo de un ejercicio del periodismo en el que el “yo” estaba prácticamente vetado, incluso en géneros como la crónica, sin embargo, hace varios años me sumergí en una experiencia que para mí es el antecedente (al menos estilísticamente) de *Guayabo*: la escritura de blogs. Mucho más personales que *Guayabo*, los blogs me sirvieron para, desde la narración y también desde el ensayo, contarme en primera persona. Pero más allá de contarme a mí, también contarnos, es decir, narrar el entorno, el momento histórico, la identidad. Y, en relación con la génesis de *Guayabo*, agradezco que Yelitza confiara en mí: me dio total libertad para proponer temática y hacer incluso la propuesta de nombre.

Desde el principio, concebí *Guayabo* como un espacio que quería borrar la dicotomía de “los venezolanos de adentro y los venezolanos de afuera”. Quería hablar de un tema que nos convoca a todos: la venezolanidad. *Guayabo* está concebido como un espacio escrito desde el *Nosotros*, como un oasis donde, aunque se informe de noticias buenas y malas, también tengan visibilidad otros asuntos de los que se ha alejado el periodismo tradicional, pero en los que ha profundizado más la narrativa (tanto de ficción como de no ficción): la memoria y la identidad.

Háblenos de las nostalgias venezolanas. ¿Qué ha encontrado en su labor como editora de *Guayabo*? ¿En qué dimensiones se concentra ‘el guayabo’ de los que vivimos fuera de nuestro país?

El guayabo tiene varias aristas, porque es muy distinta la migración voluntaria que la migración obligada que sienten muchos venezolanos. Pero nuevamente, no me gusta mucho generalizar porque hay muchos tipos de migrantes. Por lo que he podido observar, en primer lugar, creo que extrañamos dos cosas: la gente (familia, amigos, colegas...) y el territorio. Cuando les he preguntado qué extrañan, muchos migrantes a los que he entrevistado me hablan de la mamá o de los hermanos, pero también de las montañas, las playas, las calles, la luz... Pero, si profundizamos, realmente el migrante no evoca al país como totalidad, más bien añora su ciudad, su barrio, su calle, su casa, su rutina.

Los cinco sentidos se involucran en la nostalgia: extrañamos sonidos como el del mar, sabores como el del mamón... Por supuesto, son enormes las nostalgias alimenticias: ningún queso puede lograr la textura de nuestro guayanés y, aunque tengamos melocotones y cerezas, morimos por volver a comer una ciruela de huesito. Pero ¿eso es realmente lo que se añora? ¿O es un intangible?

Hay una nostalgia de la vida arrebatada: la familia, la casa grande, las reuniones de diciembre, todo eso se perdió, lo añoramos o lo intentamos reconstruir en la nueva tierra: por eso, muchos aprenden a hacer hallacas, pan de jamón o quesillo en el extranjero porque necesitan de esos sabores, pero también de la tradición, de la memoria.

Y aquí viene algo claro: más que un lugar, quizás lo que extrañamos es otro tiempo. Por eso se entiende que muchos de los venezolanos que permanecen en el país también estén enguayabados.

En el libro *El futuro de la nostalgia*, la artista y escritora rusa-estadounidense Svetlana Boym escribe que los nostálgicos tienen dificultades en saber qué añoran: ¿otro lugar, otra época, otra vida mejor? Dice que si bien a veces se siente la añoranza de un lugar, “lo que se anhela en realidad es un tiempo diferente –el tiempo de nuestra infancia, el ritmo más lento de nuestros sueños–”. Yo diría que un buen ejemplo de esto es la locura que se desató en el último trimestre de 2023 con la canción “*Caracas en el 2000*” de Elena Rose, que se ha vuelto viral en redes, y con la que se han identificado varias generaciones. El propio título lo resume: retrata el deseo de volver a una ciudad, pero a una ciudad de hace más de veinte años.

(Continúa en la página 9)

“La migración sigue siendo una suerte de laboratorio”

(Viene de la página 8)

Me interesa el aspecto lingüístico de la nostalgia: la extrañeza que produce que, en el mismo ámbito de la lengua española, nuestra nueva cotidianidad está habitada por otros modos de nombrar las cosas. ¿Es frecuente esa extrañeza?

Sí, la extrañeza existe, pero no todos los migrantes reaccionan igual ante ella. Creo que la relación con la lengua es variable. Hay migrantes que a la semana de estar en el nuevo país ya se reconstruyen en la nueva identidad lingüística y rápidamente adoptan el “che”, el “vos”, el “vosotros”, el “mola”; dejan de decir “fresa” y dicen “frutilla”; sustituyen, sin duelo alguno, la palabra “cambur” por “banano” o “plátano”. Eso se exagera con los que tienen que asumir otra lengua, como el inglés, el francés o el alemán en la calle y el español queda puertas adentro, como el lenguaje familiar, de los afectos. Pero a la vez, para otros, la lengua es su forma de resistencia. Se resisten a las nuevas palabras, pero no sé si conscientemente, sino que han estado demasiado tiempo nombrando así a las cosas de nuestra cotidianidad como para dejarlas ir tan fácil (ni siquiera intencionalmente). Y además es que tenemos palabras insustituibles: ¿cómo llamas a un amigo cercano sino es “pana”? ¿cómo expresas la rabia sino es con un “mamagüevo” o un “coño” remarcado? Nuestro “coño” no suena igual nombrado por otros. Recuerdo a un amigo chileno tratando de asumir como suyo nuestro “coño”, pero en un tono que notaba que era falsa la incorporación al léxico.

Además, muchos migrantes renombran los objetos bajo otras palabras para hacerse entendibles en el país de acogida. Es un habla de subsistencia, pero en realidad es como si estuviesen haciendo traducción simultánea, porque el primer término que se les viene a la mente es venezolano. Por ejemplo, van a comprar cotufas en el cine, piensan en la palabra cotufas, pero deben decir cabritas, palomitas, rosetas, pochoclo...

Pero no solo nos marcan nuestros vocablos, el acento nos integra como comunidad. Recuerdo que después de ver la película *Simón* mi hija y yo coincidimos en que, amén de la trama, la volveríamos a ver solo para oír a los actores hablar, solo para escuchar ese acento caraqueñísimo de los chamos. Sobre eso, me acuerdo de que muchas veces los venezolanos decíamos que no teníamos acento. Ahora sabemos que lo tenemos porque lo percibimos, lo reconocemos en su diferencia. He-

mos afinado el oído a nuestra musicalidad. No somos nada neutros. Desde la distancia ahora sentimos más que nunca y claramente nuestros acentos (porque son muchos dependiendo de la región donde nacimos) y reconocemos, en los otros y en nosotros mismos, nuestras voces.

Hay otro aspecto interesante en la lengua: que al migrar paralizamos la temporalidad de los vocablos, porque el argot no solo lo marca el territorio sino la época. Tengo un amigo que migró a Estados Unidos hace cuarenta años y habla caraqueño, pero como hablábamos en la Caracas de los ochenta decía términos que luego fueron borrados de nuestra lengua como “panadería” en vez de “pana” o “jamón” en vez de beso. Mi argot se quedó en 2014 y no sé cuáles son los términos incorporados en la última década. También mi acento venezolano se quedó en 2014. Aunque sigo caraqueñísima, a lo mejor eso lo creo yo. Si vuelvo, seguramente también los chilanismos y algún que otro giro del acento asimilado en mi cotidianidad serán una marca que me diferencie en mi propio país. A mí mamá le pasaba eso: nunca perdió su acento español, pero cuando iba a España todos la notaban diferente. Ni ella ni yo nos dábamos cuenta de esa diferencia.

Los venezolanos hemos sido testigos de cómo los nacionales de los distintos países que se establecieron en Venezuela se organizan en clubes sociales, hermandades y centros. Eso, hasta ahora, no ha ocurrido en los países en los que hay grandes concentraciones de venezolanos. ¿Le resulta llamativo? ¿Es posible adelantar alguna conclusión de esa ausencia organizativa?

Creo que los venezolanos migrantes sí estamos organizándonos, pero de otro modo y de muchas formas. Hay, en primer lugar, una organización en torno a la solidaridad: en Chile, por ejemplo, hay varias organizaciones sociales, creadas por venezolanos, destinadas a apoyar a los paisanos más desposeídos; un tipo de agrupación que también se ha dado en muchos de nuestros países, según recogí en uno de los primeros números de *Guayabo*. También nos unimos en relación con lo político: nuestros coterráneos han logrado crear asociaciones que luchan por derechos civiles de los migrantes o para actividades de la oposición, como la organización de la primaria en el exterior.

Quizás la creación de clubes y centros sociales tipo la Hermandad Gallega o el Centro Catalán aún no se ha dado porque gran parte de la migra-

ción venezolana apenas tiene dinero para sobrevivir y en muchos casos no hay un deseo real de permanecer en el país de acogida. También puede ser que las necesidades de organización comunitaria se satisfacen de otra manera.

En efecto, hay otros modos de verse unidos en comunidad: al menos en Chile y Argentina hay organización en torno al deporte y hay clubes de entrenamiento de béisbol donde casi todos los niños y adultos son venezolanos. En Chile también hay escuelas de bailes folklóricos nuestros, y los músicos del sistema de orquestas están unidos para la formación de nuevos talentos.

Hay algo más que congrega a nuestra gente: las festividades religiosas. En casi todos los países, los venezolanos de fe se unen el día de la Virgen del Valle, de la Divina Pastora, de la Chinita... En Santiago, de hecho, hay una iglesia a la que suelen ir nuestros paisanos a celebrar estos rituales. Además, están los bares y restaurantes venezolanos, verdaderos clubes donde se reúne y festeja nuestra gente. Algo más: hay zonas que parecemos haber expropiado. Así como en Caracas, Chacao o La Candelaria eran el hogar de españoles, italianos y portugueses, en Santiago de Chile el grueso de venezolanos se congrega en el centro, donde hay edificios enteros llenos de connacionales con toda una red interna: está desde el señor que hace ponche, hasta la mujer que hace cachitos. Sé que hay zonas así en países como Perú, México, Colombia, España y Estados Unidos, que son suerte de sucursales de Venezuela, incluso casi guetos.

Hay una necesidad gregaria que no sé si es propia de todas las migraciones (creo que sí), pero gran parte de los venezolanos la tiene, porque se sienten más cómodos entre paisanos. En Venezuela también pasaba eso: los españoles solían tener un círculo cercano de españoles; los chilenos, de chilenos; los colombianos, de colombianos.

Además, hay otro modo de integración muy claro y es la gran cantidad de productos culturales (algunos de calidad, otros no tanto) que en la actualidad se dirigen al venezolano migrante, apelando a su guayabo y su necesidad de comunidad. Desde libros de todo tipo, hasta canciones, obras teatrales, performances, ilustraciones, esculturas... A muchos, la migración les ha despertado un espíritu patrio y de comunidad que quizás no tenían antes tan arraigado. Pero, ojo, están también los que le huyen a ese espíritu gregario, se alejan de la “manada” y no quieren nada que huelga a venezolanidad.

Remo Bodei, que ha reflexionado sobre la relación de las personas con el mundo de los objetos, sostiene que el sentimiento de pérdida del mundo material puede alcan-

zar formas semejantes al duelo. ¿Ha encontrado la presencia de ‘guayabo’ por cosas, por bienes materiales?

¡Uf! Mucho. El gran guayabo de muchos venezolanos es por sus cosas. Les duelen. Las lloran. Pero no por el valor material. Es porque las cosas –sus cosas– son más que objetos materiales: representan historia. Son un continente lleno de contenido. Anhelan volver a tocar la textura de su cobija porque les recuerda a su mamá, volver a oír el sonido de la cajita de música porque la escuchaban con su mejor amiga, ver de nuevo el cuadro que protagonizaba su sala porque frente a él se sentaba toda la familia. Ninguna olla es para ellos como esa que dejaron en Maracaibo, ningún sofá es tan cómodo como el de la casa de su abuela en Maturín... En mis talleres literarios con migrantes lo he corroborado: si les pido escribir sobre un objeto que dejaron, siempre el recuerdo será muy emotivo, escriben de él casi como si se tratara de una persona.

Siempre el objeto abandonado nos habrá dejado en orfandad (o nosotros a él). Humanizamos al objeto que se quedó. Lo idealizamos. Sobre esto, el filósofo Gaston Bachelard habla de los objetos-sujetos que tienen, “como nosotros, por nosotros, para nosotros, una intimidad”. Yo misma lo viví. Mis primeros meses en Santiago yo soñaba todas las noches con los álbumes de mis hijos, me dolían (un dolor incluso físico), sentía que había abandonado parte de mi vida al dejar esos álbumes. Hasta que no los tuve conmigo no pude dormir bien. Ahora nunca los abro, pero están conmigo.

A través de los objetos construimos memoria, como si trasladáramos algo inmaterial en lo material. Ni que hablar de la casa como gran objeto. Nunca ninguna casa (incluso aunque las tengamos mejores) sustituirá emocionalmente el hogar que dejamos y al que también hemos idealizado. Porque la casa del recuerdo compite con-

“
Siempre el objeto abandonado nos habrá dejado en orfandad (o nosotros a él). Humanizamos al objeto que se quedó. Lo idealizamos”

sigo misma, con la casa real, cuando la volvemos a ver.

Los objetos que nos llevamos también son símbolos, suerte de embajadas de esa casa del recuerdo. Así marcamos los nuevos territorios. Muchos tienen en su nueva casa un cuadro del Ávila o del puente del lago de Maracaibo para tener una suerte de réplica de su hábitat, sentirse en el paisaje.

Además del objeto dejado, está el que nos trajimos en la maleta (los privilegiados que viajan con maleta, bien sabemos que los muchos que han huído por tierra o mar ni siquiera eso pudieron llevarse consigo). La decisión de qué metes en la maleta es para muchos fundamental, porque a través de los objetos quieren llevarse su familia, su historia, su país. Creo que debemos hacer este estudio: ¿cómo fue la selección de objetos que se quedaron y que migraron con nosotros?

Entre las personas con las que usted se ha relacionado, ¿qué posición ocupa la idea de regresar? ¿Está presente? ¿Surge de forma espontánea? ¿Siente que hay venezolanos para quienes el país es una realidad perdida en sus vidas?

Siento que existen ambas realidades. Hay tal diversidad de posiciones entre los venezolanos que sí, hay algunos que piensan regresar “cuando las cosas cambien” y están preparando el camino adquiriendo inmuebles en el país o ahorrando para el retorno. Hay algunos que no esperaron y ya se devolvieron a Venezuela, sea porque nunca lograron adaptarse al país de acogida, no alcanzaron allí el proyecto que esperaban o añoran demasiado a la familia y al terruño.

Sin embargo, hay otros para quienes la idea de volver es un imposible. Se han adaptado tanto al nuevo país, a la nueva cultura, al nuevo idioma, que están bien, hasta mejor que en Venezuela. Ya están haciendo su vida en otras tierras, incluso tienen nueva nacionalidad. Sin embargo, aquí también hay diversidad: unos ya saben que se quedarán viviendo en el exterior hasta viejitos, pero siguen teniendo gran conexión emocional con el país, tienen también una conexión cultural que intentan transmitir a las nuevas generaciones. Son esos que hacen hallacas en diciembre y se las arreglan para conseguir los ingredientes, así estén en Finlandia o Australia. Son esos que aprenden por YouTube a hacer asado negro, aunque nunca habían picado una cebolla. Son esos que les cantan el cumpleaños feliz larguísimo al hijo alemán avergonzado ante sus amigos que no entienden nada. Pero hay otros venezolanos, yo diría que una minoría, que –en algunos casos incluso por salud mental– han decidido darse de baja, hacer borrón y cuenta nueva, disipar el acento o el idioma, olvidar el sabor de las arepas. Y digo minoría –y me hago cargo de esta apreciación, aunque no hay estadísticas que la sustenten– porque es lo que yo percibo de los muchos migrantes con los que he hablado: la gran mayoría sigue teniendo vínculos con el país, por lo tanto, viven a su manera un guayabo.

En mi caso, Venezuela sigue estando en mí, aunque tengo casi 10 años sin ir. Vuelvo este 2024. Voy de vacaciones. Voy de turista, pero a la vez no voy de turista convencional, sino a reencontrarme con mi pasado que es también presente. Tengo miedo. Pero no por el país ni por la gente. El miedo es de mí. De este viaje en el tiempo que voy a hacer. ☺

*Mireya Tabuas. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela (1988), institución donde también estudió la maestría en Literatura Venezolana. Fue periodista de *El Nacional* entre 1994 y 2014, y profesora de la UCV entre 1999 y 2014. Ganó el Premio Nacional de Periodismo en 1996, entre otros galardones. Ha publicado siete libros para niños y jóvenes en editoriales de Venezuela, Brasil, Chile, Bolivia, Panamá, México, Italia, Grecia y Estados Unidos. Dos de sus libros han sido incluidos en la Lista de Honor de IBBY, el máximo reconocimiento mundial a la literatura infantil. En 2014 migró a Chile y en 2015 se graduó en el Magister de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Alberto Hurtado. Es profesora en la escuela de Periodismo, el diplomado de No Ficción y el Magister de Escritura Narrativa de la misma universidad. Escribe el boletín *Guayabo* desde 2021.



AEROPUERTO DE MAIQUETÍA / ARCHIVO

PERIODISMO >> EL PRIMER PRAN DE VENEZUELA

Wilmito

Narrado con pulcritud y limpio uso de la lengua, el periodista Alfredo Meza acaba de publicar *Ciudadano Wilmito. La historia del primer pran de Venezuela* (Editorial Dahbar), necesario para la comprensión de uno de los capítulos fundamentales de la delincuencia organizada venezolana de estos tiempos. El 28 de enero, Meza estará en el Hay Festival (Cartagena, Colombia), participando en la mesa "Dictaduras que persiguen a periodistas", junto a Laura Aguirre (El Salvador) y Carlos Manuel Álvarez (Cuba). El inquietante texto que sigue es la apertura del libro

ALFREDO MEZA

A papá le robaron el auto la madrugada del 9 de abril de 2014. Yo estaba de viaje y me enteré cinco horas después porque tenía el teléfono apagado. Cuando lo encendí, el aparato vibró tantas veces que entendí que alguien había estado tratando sin éxito de comunicarse conmigo.

Tenía varios mensajes de mamá. No parecía la misma mujer, que destacaba por el timbre agudo de su risa o por la tesitura de su voz, de inflexiones autoritarias. Me hablaba con pena, como si quisiera evitar que alguien la escuchara. Nunca le pude preguntar a papá si estaba de acuerdo con lo que ella me pidió entonces. Prefiero pensar que mamá estaba consciente de que él nunca hubiera avalado lo que ella estaba a punto de plantearme.

Papá era médico, se había jubilado de la universidad y trabajaba cuatro tardes a la semana atendiendo a sus pacientes en un consultorio alquilado en Ciudad Bolívar. Para poder mantener su nivel de vida había vendido la casa de la playa y la oficina que había comprado cuando era joven en otra clínica de esa ciudad. Con los años entendí que aquel gesto de mamá era la desesperación de un par de viejos sometidos a la

desgracia de envejecer en un país colonizado por un Estado malandro.

Días después, cuando regresé a Venezuela, conversé con papá sobre lo que había ocurrido. Me contó que había dejado a mamá de madrugada en el aeropuerto de Ciudad Bolívar para que tomara el vuelo semanal, que despegaba a las 6:00 a.m. hacia Caracas. Había hecho la reserva con tiempo para evitarse la condena de viajar hacia la capital durante ocho horas por carreteras en mal estado, llenas de huecos y plagadas de señalizaciones descoloridas. Era una tragedia para toda la ciudad que los aviones llegaran una vez por semana. Cuando era niño aterrizaban hasta tres vuelos diarios y yo llevaba la cuenta de esa pérdida de estatus con algo de dolor porque mis primeros años están ligados al recuerdo de una diversión que me ofreció papá cuando advirtió que me gustaban los aviones. Cada fin de semana me llevaba a ver la maniobra de los viejos DC-9 frente a la terminal. Casi siempre íbamos en la tarde, pero a veces, si no hacía tanto calor, pasábamos al mediodía. En uno u otro caso la rutina era la misma: una vez que apagaba el carro, papá me decía que podía bajar. Yo abría la puerta y corría hasta una verja de alambre aluminizado que dividía el estacionamiento del playón de



ALFREDO MEZA / ©EFREN HERNÁNDEZ

cemento donde paraba el avión. Allí metía el pie entre las mallas trenzadas para saludar a los pasajeros que llegaban o se iban. En un recodo, protegido del sol, papá leía un diario mientras me esperaba.

Con el paso de los años dejamos de escuchar a diario los potentes motores de los aviones. Pocos tenían en cuenta a nuestra ciudad en sus itinerarios turísticos. Ya no llamaba la atención la impronta de un centro histórico edificado en los tiempos de la Colonia sobre un cerro rocoso, donde el curso del Orinoco se hacía más estrecho. La vieja Angostura, sí, donde Simón Bolívar había presidido el histórico Congreso de Angostura y sancionado la primera Constitución que le había dado forma a ese extravío llamado Venezuela. La vieja Angostura, sí, la triple capital —de la provincia de Guayana, de Venezuela y de la Gran Colombia— en los años rudos de la guerra contra la corona española. En Ciudad Bolívar había nacido el país, se había editado el primer diario libre, el *Correo del Orinoco*, y pensábamos que había tanto que aprender de nosotros mismos que nos costaba procesar que nuestra ciudad era como un aristócrata venido a menos. Todos sabían de la importancia de este lugar en la fundación de la República, pero en Venezuela la construcción de la memoria es un preciosismo que siempre está postergado por los apremios del presente.

Mis padres se adaptaban a horarios infames para llevar su vida normal. Papá era un hombre que repetía sus rutinas y no había quien lo convencie-

ra de modificarlas. Muchas veces le dijimos que, para evitar que lo robaran, no podía poner gasolina durante la noche y que tampoco debía respetar las luces rojas del semáforo. Pero papá me decía que yo lo estaba obligando a desobedecer las leyes y que me aprovechaba de su vejez para imponerme. Siguiendo ese impulso, papá advirtió, después de dejar a mamá en la terminal, que casi no tenía combustible y se paró en una estación a llenar el tanque. Bajó del carro, seleccionó el octanaje y colocó el pico en el orificio del depósito del tanque. No había terminado de presionar el surtidor cuando sintió un empujón y una voz que ordenaba:

—Apártate, viejo de mierda.

Papá me enseñó a no pelear con los delincuentes. Siempre le quitó valor a todo, incluso a aquello que le costaba mucho comprar. No era tanto por aquel consuelo medio tonto de que lo material siempre se recupera, sino por algo incluso mucho más práctico: no es posible pelear de igual a igual con quien está armado y seguramente sumido en la realidad paralela del efecto de las drogas. En casa nunca hubo armas y él siempre lució ese blason con orgullo.

Papá advirtió que eran dos hombres porque uno de ellos le dijo que no se volteara y otro lo obligó a tenderse boca abajo. Casi al mismo tiempo sintió que le metían la mano en el bolsillo trasero del pantalón, donde tenía la billetera. Quiero pensar que en ese momento papá hizo lo que alguna vez nos pidió, como una forma de sentirse mejor durante la afrenta de un robo:

“Obedezcan al violento y concéntrense en el desprecio que sienten por él”. A pesar del miedo, papá me contó que tuvo valor para hablarles a los tipos.

—Tomen el dinero, pero no se lleven los papeles, por favor.

Con la cara pegada al suelo, papá escuchó a los hombres cuando se alejaban en su auto. Antes de levantarse esperó a que el sonido del motor se disolviera en la banda sonora del amanecer. Aún estaban encendidos los tubos de neón del escaso techo que protegía los surtidores. Como la gasolinera quedaba cerca del aeropuerto, papá caminó hasta la terminal y pudo avisarle a mamá, que aún no había subido al avión, que lo habían robado. Más tarde, aún conmocionados por lo que había pasado, llamaron a unos compadres para que los llevaran a casa.

Les tocaba entonces comenzar a pensar en otro calvario: demostrarle a la policía que lo que había ocurrido era cierto. Papá y mamá sentían que ese trámite era la segunda ofensa del día. La palabra había perdido tanto su valor que frente a la autoridad todos eran mentirosos a menos que demostraran lo contrario. Como un billete falso, todo era sometido a verificaciones exhaustivas, a una ristra interminable de comprobaciones que a menudo terminaban en el desconcerto y en la certeza de que lo importante en Venezuela no es tener la verdad sino el poder para imponerla. Fue entonces cuando mamá me dejó aquel mensaje sorpresivo en el buzón de mi teléfono.

—Llama a Wilmito y dile que nos ayude a conseguir el carro. ☹

Ciudadano Wilmito

El texto que sigue es el prólogo del libro de Alfredo Meza, *Ciudadano Wilmito. Historia del primer pran de Venezuela* (Editorial Dahbar, Caracas, 2023)

OSCAR MARTÍNEZ

Como debe ser todo buen libro sobre un criminal de renombre nacional, este también es un libro sobre una nación en decadencia. Como de ser todo libro sobre cárceles convertida en centros de poder criminal, este es también un libro político.

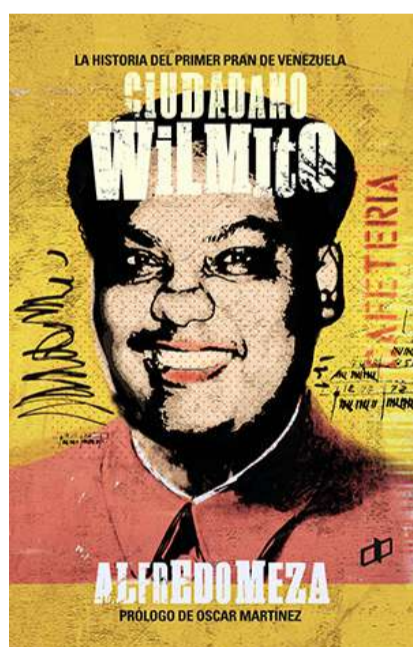
En decenas de notas de prensa, Wilmito ha sido una simplificación de sí mismo: un líder criminal, uno de los primeros *pranes* que en Venezuela controlaron las cárceles, el dueño de una prisión.

En este libro, y gracias a la perseverancia de su autor, Wilmito es mucho más que eso: un niño común, un adolescente boxeador, un delincuente

como otros tantos, un mentiroso, un hombre con ínfulas humanistas, un asesino despiadado, un “pacificador”, un benefactor, un mafioso piadoso, un mafioso desalmado, un hombre con un discursillo político que apeataba a campaña electoral barata, un hombre de acción, no de amenaza.

En este libro, como en todo buen libro sobre un criminal —sobre cualquier persona, quizá—, Wilmito aparece siendo terrible, capaz de justificar por qué otro reo fue obligado a meterse un desodorante por el culo y pasear por toda la cárcel llamándose a sí mismo “la reina del arroz con pollo”, antes de ser obligado a hacer una felación a otro reo que luego lo violaría; Wilmito aparece también siendo un hombre común amoroso, incluso besando a su hija con parálisis. Eso sí, y ahí está la clave de estas vidas dislocadas, siendo un hombre común en circunstancias extraordinarias: su hija, al igual que la madre de esa niña, vivían con él en el penal.

En ese penal que él gobernaba, en la fachada de los edificios de celdas, había dos imágenes: la de Nelson Mandela y la de Wilmito. Al lado de la de Mandela, una frase: “No se puede juzgar a una nación por la manera que trata a sus ciudadanos más ilustres, sino por el trato brindado a los más marginados, sus presos”. Cuan-



do usted termine de leer este libro sabrá que también está el otro extremo: es posible juzgar a una nación por el poder desmedido que sus reos acumulan. En medio de eso, la gran disyuntiva en la que Latinoamérica se debate actualmente: represión o derechos humanos. Como si en medio no hubiera nada más.

El autor se interna en un mundo fuera de control, al menos del control que hemos pactado socialmente. Porque adentro hay control, uno férreo, criminal. Y adentro hay todo lo que debería haber: fiestas, conciertos de salsa, alcohol, mujeres, motocicletas, niños, armas largas, armas cor-

tas, emparedados de pollo con salsa rosa, reos durmiendo en el techo, una piscina en construcción.

Alfredo Meza, un periodista experimentado, persistente, fraguado en el fuego intenso de la dictadura venezolana, ante la que nunca ha cedido y la que paradójicamente ha parido una de las generaciones periodísticas más potentes del continente, visitó durante años a Wilmito, el primer *pran* venezolano. Esa palabra, cuyo origen tiene varias versiones, está en el centro de uno de los fenómenos criminales que más ha crecido en los últimos años en el sur continental, que tiene su epicentro en las cárceles venezolanas y su mayor expresión actual en la organización llamada El Tren de Aragua, que atormenta a poblaciones en su país, pero también en Colombia o en Ecuador.

Alfredo, como buen reportero que sabe que para entender hay que permanecer, visitó al *pran* en sus dominios durante tres años seguidos. Alfredo, como buen reportero que sabe que una voz siempre es poco, habló con acólitos del criminal, con quienes lo veneraban en las calles, con quienes lo padecieron. Algunas de esas personas, como la jueza Mariela Casado, lo padecieron hasta el punto de querer borrar parte de sus vidas: “De hecho, no quiero recordar que fui abogado o juez. Eso es una historia que la tengo suspendida y a veces quisiera enterrarla para siempre. Digamos que está guardada dentro de un armario viejo y cerrada bajo lla-

ve. El armario sigue ahí, a la vista, recordándome el precio que se paga en Venezuela por desafiar a los matones”. Alfredo, como buen reportero, sabe que nunca se reproduce, que uno siempre contrasta, y logra pillar al pillo en algunas de sus mentiras. Por sobre todo, Alfredo, como buen reportero de la violencia, tiene claro que el verbo de uno allá en medio de la podredumbre no es justificar ni juzgar, que el verbo de uno es entender. Y Alfredo entiende. Y Alfredo explica.

En el prólogo del libro *Los malos*, Leila Guerriero, maestra de este oficio, cierra con una línea: “El malo como bestia. Pero como bestia humana”. El malo desmitificado, porque el mito es un relato falso y porque ocurre fuera del tiempo. El malo como malo, claro que sí, pero también como humano, claro que sí. Como Wilmito: el asesino que antes de empezar a asesinar entrenó arduamente para ir a las Olimpiadas de Atenas, el líder carcelario al que la madre del autor de este libro pensó que se podía recurrir para recuperar el carro robado, el ladrón que salvó de la extorsión a una familia, el asesino que fue asesinado. Solo así se puede aspirar a contestar las preguntas importantes: ¿cómo se hizo bestia ese humano? ¿Qué hizo esa bestia humana? ¿Por qué pudo hacerlo?

Alfredo da respuestas profundas a esas preguntas en el libro que están a punto de leer. ☹